

CRISTIANIDAD



FUNDACION DE LA COMPAÑIA DE JESUS
(De un grabado de C. van Mallery)

«SOLDADO DESGARRADO Y VANO»

por C. F. de T.

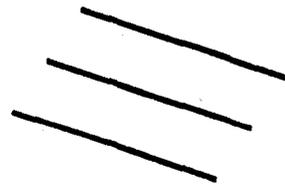
LA PREDICACION DE SAN VICENTE FERRER

«MOSTRÓ QUE EL DIA DEL JUICIO ESTABA CERCA»

UNA ILUSION DE PAZ. - GINEBRA, JULIO 1955

por José-Oriol Cuffi Canadell

La mejor adquisición
para su biblioteca...



...un tomo en ediciones
encuadernadas de
CRISTIANDAD



**BANDERAS
ESTANDARTES**

para Asociaciones religiosas,
entidades colegios

*

Dibujos, bordado. Telas a la selección de los clientes

Objetos para el culto - Imágenes

Almacenes JORBA

MANRESA

ENCUADERNACIONES

R. Girbes Sanchis

Sagunto, 75-BARCELONA (Sans)-Tel. 23 71 50

Federico Bernadà Roca

AGENTE COMERCIAL COLEGIADO

Avda. Felipe II, 174, 2.º, 1.º - BARCELONA
(Viviendas del Congreso Eucarístico)

Gestiona: Suscripción y adquisición de revistas y libros católicos, toda clase de trabajos de imprenta y encuadernaciones, cobros de recibos



HOTEL COMPOSTELA

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Lector:

Si quieres apreciar el valor de **CRISTIANDAD** a fondo, guarda los ejemplares y las separatas de «Documentos Pontificios» y encuadérnalos a fin de año.

La colección completa de la Revista en la biblioteca de tu hogar te ofrecerá una valiosa fuente de consulta.

Precio de este ejemplar: 12'— Ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SVMARIO

EDITORIALES

«Soldado desgarrado y vano», por C. F. de T., págs. 273 y 274.

Sobre el Centenario de la Canonización de San Vicente Ferrer. — *Aún tienen actualidad los taumaturgos*, por P. L. C., páginas 274 y 275.

Cooperación pacífica según los principios cristianos, por F. T., pág. 275.

PLURA UT UNUM

Carta a CRISTIANDAD del Rvdmo. señor Obispo titular de Bapara y Coadjutor de Puerto Maldonado, pág. 276.

La predicación de San Vicente Ferrer. — *Mostró que el día del Juicio estaba cerca*, del P. Fages, O. P., «Histoire de Saint Vincent Ferrier», págs. 277 a 279.

Santo Tomás de Villanueva en su Centenario, por Fr. Angel Rodriguez, O. S. A., páginas 280 y 281.

Carta Pastoral sobre problemas del Apostolado moderno, del Rvdmo. señor Obispo de Campos (Brasil), Dr. D. Antonio de Castro Mayer, págs. 286 a 290.

Música y Liturgia, II, por Antonio Massana, S. I., págs. 291 a 293.

EL BIELDO Y LA CRIBA

Angustia y Libertad, por Jaime Lluís Navas, pág. 294.

DE ACTUALIDAD

Una ilusión de paz. — *Ginebra, julio 1955*, por José-Oriol Cuffí Canadell, págs. 282 a 285.

Crónica política del mes, por José-Oriol Cuffí Canadell, «Shehar Yashub», págs. 295 y 296.

ANEXOS

Separata de Documentos Pontificios, del año 1.955, págs. 29 a 44.



«Soldado desgarrado y vano»

El IV Centenario de la muerte de San Ignacio de Loyola, cuya celebración se anuncia próxima y solemne, coloca en el primer plano de la actualidad al Padre y Fundador de la Compañía de Jesús.

¿Qué es y qué significa en la vida de la Iglesia, en el curso de la existencia del Occidente, como ahora se dice de los pueblos que se hallan informados de las esencias de la vieja Europa, San Ignacio de Loyola? Difícil pregunta, si debe contestarse de modo que queden satisfechos los varios y sugestivos interrogantes que plantea. Porque San Ignacio de Loyola excede los límites, por lo demás gloriosísimos, de un santo fundador. La figura del santo guipuzcoano supone una obra — la Compañía de Jesús —, descubre un espíritu — los Ejercicios Espirituales —, implica una rectificación enérgica, vigorosa, de decisivos perfiles e incalculables consecuencias, en los rumbos históricos, que para su desgracia, quiso emprender gran parte de la Europa del siglo XVI — la Contrarreforma —.

En su obra, en su espíritu, en la labor de contrarreforma a que se lanza sin reservas y a la que empuja animoso a sus hijos, siguiendo el mandato pontificio, San Ignacio de Loyola continúa actual entre nosotros. Por supuesto que todos los santos son siempre actuales. En cualquier situación, en cualesquiera tiempos y circunstancias, encontrar a Dios, como les ha sido dado lograrlo a los santos, es cosa y tarea que deja atrás a todas las imaginables, desde el punto de vista de la actualidad. Pero hay un modo de ser, un espíritu, en algunos santos, que hace a éstos actuales de manera específica para una determinada generación. San Ignacio, pensamos ahora, se nos ofrece a nosotros, a nuestros tiempos, con esa específica actualidad.

El tono general de las conversaciones y de las polémicas de hoy, en el plano religioso, aparece traspasado de ansias de renovación. Hasta qué punto sea en algunos eso puro tópico o mero «snobismo» es cosa que, desde luego, cabe discutir y quién sabe si incluso aceptar. Sería ingenuo, con todo, echar sin más la cuestión por la borda. Ingenuo y, además, peligroso. Porque, con toda probabilidad, el cargamento esconde piedras preciosas. Ahora bien, para enfrentarnos con semejante cuestión y adentrarnos por el camino renovador, es de la mayor importancia tener a la vista el ejemplo del fabuloso renovador que fué San Ignacio. El afán renovador es legítimo y provechoso si se encauza por los únicos caminos legítimos y provechosos. El camino es la Iglesia Jerárquica. Para no caer en el peligro desviacionista, al que está abocado quienquiera tienda a guiarse por su propio juicio, teniendo en poco, prácticamente, las enseñanzas de la Jerarquía, San Ignacio formuló unas reglas «para sentir con la Iglesia». En ellas descende a ejemplos, si se quiere minúsculos. Pero, ¿es que no parecen minucias, al fin y al cabo, muchas de las afirmaciones dudosas entre algunos católicos de hoy? «Alabar candelas encendidas», es uno de sus ejemplos. Cosa de poca monta, en verdad, cuando se atacaba el dogma en lo esencial. Sin embargo,

EDITORIAL

la fidelidad se muestra en las cosas pequeñas, entre otras razones, porque con la grande no todos se atreven. Mas, por encima de todo está todavía otra razón, suprema: compete a la Iglesia Jerárquica el magisterio, para el cual tiene la asistencia del Espíritu Santo.

La obra, el espíritu, el ejemplo de San Ignacio permanecen entre nosotros con viveza de fecunda lección. Cuando, como ahora, lo fiamos casi todo a la virtud de nuestra fuerza y de las fuerzas materiales que podemos mover por nosotros mismos, queda por recordar la fuerza de la virtud de Dios que obró en San Ignacio con trazas de genuino milagro. Porque todo eso — lo que fué, lo que hizo, lo que nos dejó para ejemplo el Santo — salió del barro material de quien se llamó, antes de su encuentro decisivo con la gracia, "soldado desgarrado y vano". Sólo que Ignacio nunca creyó que la gracia destruye la naturaleza. Hay en el andar seguro, no obstante la levisima cojera, del Santo de la obediencia, un deje vibracional que sabe inconfundiblemente al antiguo soldado. Repitámoslo, a despecho del inevitable tópico: las empresas del Santo parece tienen algo del ánimo y de la disposición de un guerrero. Repitámoslo porque, a lo último, también para hoy tiene eso miga.

Se ha llamado a Ignacio el santo de la obediencia. Muchos, o algunos, por lo menos, parece adivinan detrás de esa denominación, al hombre de la voluntad férrea, descarnada, que se pone al servicio de una idea por pura racionalidad, a la que no acompaña el calor del sentimiento, para hacer los movimientos de aquella menos chirriantes, más suaves y más concordes con el palpito del humano sentimiento.

Nada más apartado de la realidad que semejante idea. Ahí está el sabroso documento humano que son las páginas de la autobiografía ignaciana, escritas por el jesuita portugués González de Cámara al dictado de las propias confesiones del Santo, para convencernos de todo lo contrario. La verdad es, con todo, que ni falta hace acudir a tales páginas. San Ignacio es el santo de la obediencia, porque también es el santo del amor. De ese amor en el que quiere se empape el ejercitante meditando la vida de Cristo, y para alcanzar el cual coloca al término de los Ejercicios una maravillosa contemplación, que viene a ser la clave que corona el edificio todo de su espiritualidad.

Por eso, en la bandera del soldado de Cristo que fué San Ignacio campea un lema: a la mayor gloria de Dios. No se trata simplemente de eludir lo pecaminoso, de ponerse a salvo de la transgresión de la norma. Se trata de ir a lo más perfecto, de colocarse en trance de que cada día refleje el hombre, el cristiano, en sí y con mayor claridad la imagen de Dios que lleva impresa. Habitados, como modernos, al mínimo esfuerzo en lo más hondo espiritual, el lema ignaciano nos ha de servir de recordatorio, para hacernos pensar que la empresa que los cristianos llevamos entre manos desborda los límites del simple no pecar, en los que, individual y socialmente, recluimos demasiadas veces la práctica de nuestra fe. El cristianismo no es un repertorio de noes, frente a determinadas cosas. El cristianismo es ante todo un sí magnífico y sobreabundante. Los noes son las simples consecuencias del sí.

C. F. de T.

SOBRE EL CENTENARIO DE LA CANONIZACIÓN DE SAN VICENTE FERRER

Aún tienen actualidad los taumaturgos

Estamos en la época de los centenarios. Cualquiera diría que *todo* lo que ocurrió hace cien, doscientos años, *tiene centenario*. Hasta mentira parece que tiempos tan olvidadizos para los hechos decisivos de ayer, tenga memoria bastante para retener mezuindades de siglos ha.

Mas si se cumplen — por la ley inexorable — los cien, y los doscientos, y los trescientos años de insignificantes minucias, sólo valoradas por una incorregible superficialidad — o so capa de una incorregible superficialidad —, también se cumplen los de hechos trascendentales para la Historia de la Humanidad, valorados — y muy valorados — a la luz de la divina Providencia.

Y uno de éstos es, a no dudarlo, la canonización de San Vicente Ferrer.

"Para una revista, cuyo objeto es sobrenaturalizarlo todo, naturalmente que el centenario de cualquier canonización tendrá una gran trascendencia" — quizá se le ocurrirá objetar a alguien —. Y así es en verdad. Una canonización tiene para la Revista un

valor no comparable con ningún acontecimiento puramente humano, puesto que significa el triunfo de la obra de Dios, pese a todos los enemigos.

Mas en el caso de San Vicente Ferrer — como en el de otros muchos Santos, aunque de manera especialísima — se trata de conmemorar la elevación a los altares de un hombre que ejerció en su tiempo y en los venideros — de ahí su gran valor histórico — una grandísima influencia, cuyo fondo sea quizá la realidad expresada por el P. Fages, O. P., al decir que en los lugares donde predicó San Vicente Ferrer no pudo arraigar la Reforma protestante.

¡Qué tiempos aquellos, Dios mío, y qué métodos los de San Vicente Ferrer para crearse una tan vasta *zona de influencia*! ¡Hasta se permitía hacer milagros! Pero los hechos son hechos.

Si nuestros tiempos son de grandes necesidades, y necesitan grandes remedios, no puede decirse de aquéllos que fueran miel sobre hojuelas: las naciones de la Cristiandad, divididas por crueles guerras, sanguinarios mo-

vimientos que ahora llamaríamos "de carácter social" que desgarraban los principales reinos, y hasta incluso el mismo Reino del amor, la Iglesia de Dios, veía su suprema autoridad, el Sumo Pontificado, disputado por tres partidos que entre sí se excomulgaban. Y como marco de este cuadro infame, los salvajes orientales — tártaros y turcos — amenazaban tragar aquellas ruinas de civilización cristiana.

Quizá a más de un lector se le ocurra un paralelo con nuestra Edad: los odios entre los que fueron "reinos cristianos", la lucha de clases que a tantos católicos lleva — según ellos "necesariamente" — al comunismo, el desconocimiento casi absoluto — y muchas veces querido — del magisterio eclesiástico por parte de muchos cristianos, que equivale a hacerse a sí mismos Autoridad Suprema, y finalmente el peligro, sin comparación mayor que el de tiempos pretéritos, de la tiranía oriental (o no oriental).

Pero consideren nuestros lectores y mediten la Providencia de Dios sobre su Iglesia. Papas se llamaban los de Aviñón, y Papas se llamaban los de Roma, y los de Pisa. Dos de ellos eran forzosamente antipapas. Y sin embargo, Dios estuvo con su rebaño en una y otra parte. Y si en Roma floreció Santa Catalina de Sena, en Aviñón

floreció San Vicente Ferrer, apóstol de los mayores de los tiempos modernos, cuyas puertas—quizá en trance de abrirse al abismo—abrió hacia la esperanza.

Si hubo gente de mala voluntad—que debió haberla—en aquel drama, Dios le pediría cuenta en su Supremo Tribunal, pero no por esta causa dejó de su mano a los que de buena fe seguían su partido, ni permitió que se hundieran en el lodazal.

¡Qué consolador es esto para nuestros tiempos, en los que tantos *maestros* llevan a muchas almas por caminos peligrosos! Sepan que no se saldrán con la suya. Dios tiene providencia, y no dejará a las almas humildes—sí, humildes—, a pesar de sus maestros, como llevó a San Vicente Ferrer a la santidad, a pesar de obedecer al que, según parece, era antipapa.

Y no sólo santificó a la persona de San Vicente, sino que difundió en su derredor el olor de sus virtudes y la fuerza de la gracia, incluso con el testimonio de los milagros.

¡Qué poco actual se les antojará a muchos la figura del ilustre Santo catalán! ¡Qué beaterías! ¡Hasta incluso milagros! ¿Cómo puede hacer bien a la Iglesia (ellos se consideran la parte esencial) recordarnos un santo taumaturgo, a nosotros (se creen la personificación del *hombre moderno*) que apenas podemos creer los milagros de la Sagrada Escritura?

Pues aun les sentará peor, sin duda, saber que los sermones con que San Vicente Ferrer arrastraba aquellas enormes multitudes de flagelantes que a todas partes le seguían procesionalmente—nadie se asuste ante grado tal de oscurantismo o fanatismo, como ahora está de moda llamarlo—eran en su mayor parte sobre el Juicio final—de cada diez, siete—, y que el título con que se presentaba no era el de “defensor de los pobres” o “azote de los ricos” o “acusador de frailes”, aunque a veces ejerciera esas funciones, sino el “cursi” de “Ángel del Apocalipsis”.

Pero ¡qué le vamos a hacer! Repito que los hechos son hechos. Y el Papa ha dicho en su Carta al Arzobispo de Valencia sobre el Centenario de San Vicente Ferrer, que “juza muy útil y saludable sacar a la más plena luz su memoria y sus preclaras gestas”.

Y de estas gestas fué fruto lo que ya he dicho que dice el P. Fages en la documentada biografía del Santo: que en los países que predicó se levantara un muro contra la Reforma protestante.

Ojalá pudiéramos decir lo mismo de los *modernos* apóstoles.

P. L. C.

Cooperación pacífica según los principios cristianos

El incesante progreso material, las vertiginosas conquistas de la técnica, han simplificado enorme, fabulosamente, la noción antes compleja de la geografía. Hoy como ayer, la geografía parece ser antes que nada un mapa. Por lo menos, esa es la idea que al oír la voz geografía se despierta en la mente del alumno de todos los tiempos. Con todo, aun situando el ayer en un pasado muy inmediato al ahora, nos parecían entonces los mapas proyectados sobre un sustentáculo de efectividad mucho más concreto que el que tienen hoy. Mucho carbón, parece nos decían, mucho acero, mucho trigo, mucha fábrica, mucha población, igual a grandes potencias. En el mapa se veían también aquí y allí unos espacios poco menos que desolados. En ellos, los puntos negros, violetas, rojizos, anaranjados, disminuían de un modo alarmante. Nos hallábamos frente a un país con poco carbón, con menos acero, con escasa industria, con exigua población: un país pobre, en suma. *Tristes, absortos, dolidos* en lo más hondo de nuestras fibras patrióticas, conmovidos por el espectáculo de la desigual riqueza que presenciábamos, apartábamos la vista del mapa. Movida por no sé qué hilos misteriosos, la imagen se desprendía del mapa y flotaba en los aires vagamente, hasta condensarse en otra de aspecto no menos irritante. La gran potencia tenía formas de un señor orondo, ahito de comodidades, que miraba desdeñoso a los escuálidos representantes de pobres países que le ofrecían sus respetos.

Los tiempos han cambiado, amigos. Existe desde luego el señor orondo, pero menos. Menos, porque anda medido en continuos viajes por ver de colocar sus productos en cualquier parte, y con ese trajín, quieras que no, se adelgaza un tanto. En conclusión: que hoy necesita el grande del chico, casi tanto, si no más, a veces, que el chico del grande. Fuera de eso, las distancias se han acortado y, consiguientemente, las fronteras no cuentan ahora lo que antes en todos los órdenes de la vida. Por eso, al concepto de los nacionalismos y de los grupos económicos cerrados, ha sucedido el ansia de la cooperación internacional en la política y en la economía y en la cultura. Ha surgido un nuevo movimiento histórico. Y es necesario crear a conciencia los caminos que deben encauzarlo. Porque si es avanzar un paso visitar al vecino, después de largos años de enemistad o indiferencia, puede significar un retroceso llegarse hasta el vecino con propósitos distintos a los entrañables de la au-

téntica hermandad cristiana. He ahí el tema que nos recuerda el Apostolado de la Oración en este mes de agosto.

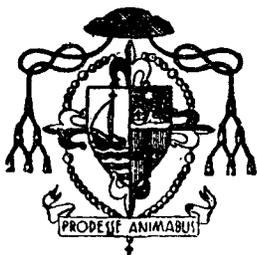
El miedo, se ha dicho ya, y se tendrá que repetir muchas veces, a propósito del reciente manifiesto que firmado por Einstein y otros siete científicos, ha sido dado a conocer por Bertrand Russell, no constituye garantía sólida de paz. Y la mejor demostración de que es así, nos la da el mismo Russell cuando dice que preferiere estar dominado por los comunistas, antes que exponerse a la guerra atómica. La guerra atómica, ciertamente debe proibirse. Pero, ¿qué garantía de paz, en ningún sentido aceptable para el hombre, puede ofrecer el Comunismo, en un mundo dominado por él? En la medida que los pueblos vayan a la cooperación entre sí, dejándose de los principios cristianos, para acogerse a cualesquiera fórmulas de mezquina y ruín entidad, miedo inclusive, se alejarán de la paz y caerán a la larga bajo el dominio del materialismo más desenfrenado. Un hombre materializado no puede alcanzar la paz. Y si no puede el hombre, no pueden tampoco los pueblos.

Volvamos a ser hombres, siendo todos cristianos. Hagamos con nuestro esfuerzo, potenciado hasta lo infinito, si vamos ayudados de la gracia de Dios, que los demás vean y sientan esa verdad. Roguemos con el Apostolado de la Oración.

F. T.

«Fuera de los legítimos sucesores de los Apóstoles, es decir, del Romano Pontífice para la Iglesia universal y de los Obispos para sus respectivos fieles, no hay otros maestros por derecho divino en la Iglesia de Cristo. Podrán valerse, sin duda, de consejeros colaboradores; mas éstos no enseñarán en nombre propio, ni por el esfuerzo de su ingenio y sabiduría, sino en virtud de la misión recibida del legítimo magisterio. Por lo cual, los Obispos, al conferirles tal facultad, ni pierden el derecho auténtico de enseñar, ni se libran tampoco de la gravísima obligación de mirar por la integridad de la doctrina; antes deben de continuar vigilando sobre lo que se explica y defiende en la prensa, en las radios, en las cátedras, en los libros...»

De la Carta Pastoral de los Reverendísimos Metropolitanos españoles sobre «El Magisterio de la Iglesia», 1955.



El Obispo Tit. de Bapara
y
Coadjutor
de Puerto Maldonado

Puerto Maldonado, 1 de agosto de 1954

Sr. D. Fernando Serrano
Director de CRISTIANDAD
Diputación, 302, 2.º, 1.ª
BARCELONA (España)

Señor Director:

Otra vez, después de meses de ausencia, vuelvo a mi residencia de Puerto Maldonado y puedo recrear mi espíritu en los hermosos ejemplares de CRISTIANDAD que esperan mi llegada. Después de las fatigas de la canoa, a lo largo de los ríos, y de cruzar en avión, remontando los Andes, las inmensas regiones de este Vicariato, tiene un valor muy especial para el alma la lectura reposada de las bien densas páginas de su Revista.

Yo le agradezco con toda el alma su generosidad, y al recorrer sus páginas y ver que celebra su nuevo aniversario quiero felicitarle cordialmente por tan glorioso "cumpleaños".

CRISTIANDAD ha conquistado ya una personalidad recia y fuerte, tiene su carácter, su "modo de ser" propio que la distingue entre todas las revistas. Vive a la hora. Asiste con dignidad a la discusión de los más graves problemas del momento. Pero no usa de "flirteos", ni se sirve de modas para hacerse agradable.

No me extrañaría que en estos días agitados, de "bocadillos" y "entremeses", no fuesen "los más" los que se sirvan los platos fuertes y bien nutritivos que presentan sus páginas... Quizás su misión se reduzca a un alto nivel cultural donde viven los espíritus más selectos y las mentes más serenas. Yo mismo, para mis viajes de canoa por el río, para mis días más movidos y agitados, me hago acompañar de revistas más "ligeras, amenas y manejables". Pero para estos días de reposo para el alma, de vivir más íntimo y sereno, prefiero con mucho CRISTIANDAD, y con ella voy llenando estantes de mi pobre biblioteca, con un material selecto y precioso y con una serie bien apretada de los más augustos y trascendentales documentos.

Que el Señor recompense su gran labor y le conceda el máximo galardón que Uds. pueden ambicionar: el triunfo rotundo de la noble causa por la que con tanto afán se empeñan.

Son los más fervientes anhelos de este humilde Obispo misionero, agradecido a su generosidad.

Afectísimo en el Señor, que cordialmente le bendice

Fr. Javier Ariz, O. P.

«Mostró que el día del Juicio estaba cerca»

No se puede, sin falsear u olvidar por completo la característica fundamental de la misión del «príncipe de los predicadores», dejar de referirse a lo que fué el contenido esencial y casi único de su predicación: el anuncio del juicio; Ángel del Apocalipsis se proclamaba a sí mismo, «confirmándolo Dios con los milagros».

Las páginas que entresacamos de la «Histoire de Saint Vincent Ferrer», del Padre Fages, O. P., plantean francamente la cuestión, llena de misterio, que estos hechos encierran. Y dan también sugerencias que tal vez puedan ayudar a revelar de algún modo el sentido de una predicación que ocurría en el momento en que se disolvía la unidad cristiana de los pueblos del Occidente europeo, se debilitaba entre cismas y luchas el prestigio del Pontificado y del Imperio, y se iniciaba con las anárquicas herejías «la era de la revolución religiosa, política y social, cuyas últimas consecuencias estamos viendo.»

CRISTIANDAD dedicó al insigne taumaturgo San Vicente Ferrer, en el año 1948, su número 97, de 1.º de abril, pues considera que es una de las figuras más relevantes de los tiempos medievales, y que la grandiosidad que emana de este hombre excepcional se concreta en su vida, en su obra y en la circunstancia histórica y espiritual que le envolvió.



San Vicente Ferrer predicó el juicio final como inminente: *cito, bene cito ac valde breviter* (pronto, muy pronto, dentro de muy poco tiempo). Era su fórmula; la repetía por todas partes. De diez sermones, siete trataban del juicio final; y de este tema, siempre repetido, brotaban efectos de elocuencia siempre nuevos, siempre fulgurantes.

¿Tuvo, pues, el extraño destino de realizar las obras más maravillosas con lo que, retrospectivamente, tendríamos el derecho a llamar errores? He aquí un problema a resolver.

Podría decirse en primer lugar que en este camino tenía ilustres precursores. Los Tesalonicenses fueron de tal modo impresionados por ciertas expresiones de San Pablo, que interrumpieron todos los actos de la vida social, suspendieron los contratos y lo dispusieron todo para el final cataclismo. San Pablo tuvo que escribirles de nuevo para desengañarles.

Entre los Padres de la Iglesia bastaría citar la famosa homilía de San Ambrosio: «Nadie mejor que nosotros podría dar testimonio de las palabras de Cristo, que somos sorprendidos por el fin del mundo». Y en el elogio fúnebre de Satyro, su hermano, dice: «Ha sido arrancado de la vida para que no fuese testigo del fin del mundo y de la destrucción total del universo...». San Gregorio y San Cipriano tienen muchos pasajes semejantes.

Pero el mismo Vicente Ferrer ha cuidado de cerrarnos esta escapatoria. «Lo que se afirmaba — dice — en los primeros siglos de un modo general y como en sentencias, yo lo digo en términos expresos y en el sentido propio de las palabras: *proprie et stricte loquendo*». Y esta proximidad efectiva del fin del mundo, la anunciaba en virtud de una misión especial, recibida directamente de Dios y apoyada en milagros de primer orden.

La escena de Avignon está presente en todos los espíritus. Quemado por la fiebre, con las fuerzas agotadas, el Santo aguardaba la muerte. De repente, una gran luz llena la celda; las paredes parecen desaparecer y un vuelo de Ángeles se agita en la parte superior; y pronto en el centro luminoso aparece el Salvador del mundo, acompañado de Santo Domingo y de San Francisco. Mientras el

enfermo contempla, admirado, esta visión, Nuestro Señor, por una comunicación íntima más penetrante que toda palabra humana, le encarga de anunciar al mundo el último juicio, y añade que le aguardará antes de que se abra la suprema audiencia. Y diciendo esto le deja curado.

El milagro de Salamanca es todavía más concluyente. Ante una multitud turbulenta, y cuando sus detractores se aprestaban a confundirlo, el Santo vió, con la mirada interior, que Dios iba a sacar de esto un gran triunfo para su gracia. Describe el cuadro del juicio final, describe aquel Ángel que vuela sobre el mundo, clamando a plena voz: «Temed a Dios y dadle gloria, porque el día de su juicio se acerca». Después, deteniéndose, entra en extática contemplación: «Yo soy, yo mismo, este Ángel visto por San Juan.» Y al estallar los murmullos, dirigiéndose a una mujer que llevaban muerta a enterrar a una Iglesia próxima, dice: «Levántate, y di a este pueblo si, sí o no, soy yo este Ángel que debe predicar a todos el último juicio; — Sí, tú eres este Ángel» — responde incorporándose la mujer.

«Si un profeta viniese a anunciar de parte de Dios, a alguien, un acontecimiento futuro, y diese por prueba de su misión un milagro, la resurrección de un muerto, por ejemplo, nuestro espíritu quedaría convencido.» Parece que Santo Tomás de Aquino, de quien son estas palabras haya pensado por anticipado en el milagro de Salamanca, al escribirlas.

San Vicente Ferrer creía en su misión con todas las fuerzas de su alma; y la cumplía con toda la energía de su corazón. Tomaba abiertamente el título de legado «A latere Christi». Acusado ante Benedicto XIII de ir demasiado lejos en sus afirmaciones, escribió al Pontífice una carta que ha llegado hasta nosotros. De ella podemos tomar la apología que él hizo de sí mismo:

...«La duración de este mundo no persistirá sino con la condición de que se convierta por la predicación de estos dos apóstoles (San Francisco y Santo Domingo). Ahora bien, el mundo no sólo no se ha convertido sino que sus pecados y crímenes se multiplican universalmente, más graves que nunca. Cualquier espíritu prudente concluirá como yo que el fin del mundo está próximo. (1).

»Esta conclusión, la saco de una revelación hecha, hace

(1) Es digno de notar que la afirmación de la inminencia del fin del mundo es claramente una conclusión deducida por el Santo, en la que podía muy bien engañarse. En cuanto al hecho mismo de la misión recibida de predicar a los hombres el Juicio, la afirma, no como una conclusión sino con la certeza de una experiencia personal de seguridad absoluta.

"más de quince años, a un religioso de una de estas dos Órdenes, *revelación de la que tengo una seguridad absoluta* (Se trata de él mismo). Este religioso ha tenido, como Moisés, el poder de los milagros y, como Juan Bautista, el testimonio de las Escrituras. Este doble apoyo le era necesario tanto a causa de las dificultades de la empresa, como por la insuficiencia de su propio testimonio.

"Puesto que este religioso predica al mundo desde hace ya trece años, trabajando tanto cuanto puede, y es ya viejo, de más de sesenta años, cree poder afirmar sobre estos datos la precedente conclusión: a saber, pronto, muy pronto, llegará *el tiempo del Anticristo y del fin del mundo*, lo que predico por todas partes *cooperando el Señor y confirmando con los milagros que siguen.*"

El título de Ángel del Apocalipsis que parece que debía herir su modestia, lo tomaba con convencida sencillez. Sus biógrafos hacen resaltar tanto como pueden este título que él mismo se daba y la predicción del juicio. Ninguno piensa en acusarle de celo intempestivo...

Pero es más, la liturgia recuerda en el oficio del Santo el pasaje de San Juan, en que se habla de este Ángel. La Bula de canonización, sirviéndose casi de las mismas palabras del vidente de Patmos, dice sin ambages, que como un ángel volando en medio del cielo, Vicente Ferrer evangelizó a los habitantes de la tierra, y llevó a todas las naciones las palabras de salvación, y a todas las tribus y lenguas, y a todos los pueblos y *mostró que el día del juicio se acercaba.*

San Luis Bertrand, en un panegírico, no vacila en aplicarle a la letra el texto de San Juan. El P. González Arriega, renombrado teólogo, dice: ¿Cómo excluir del sentido literal de este texto al príncipe de los predicadores en quien concurren los signos descritos en este Ángel? Se deberá decir que San Vicente Ferrer fué el *Ángel profetizado*, y que otros predicadores sólo están allí *simbolizados*. "¿Queréis saber quién es este Ángel?, se pregunta con franqueza un exégeta: es San Vicente Ferrer."

Hay que reconocer también que los tiempos en que vivió presentaban todos los signos enumerados por boca del Juez Supremo.

"*Muchos falsos Cristos vendrán en mi nombre*", dice Nuestro Señor.—Es notable que los heresiarsas de este tiempo tenían todos cierta honradez nativa, que contribuyó singularmente a la propagación de sus doctrinas. Juan Huss, Wicleff, Jerónimo de Praga, y sobre todo el Jefe de los Flagelantes eran, al principio, hombres virtuosos que el orgullo cegó o que la imprudencia hizo desviar.

Oiréis hablar de grandes guerras y habrá grandes combates.—Francia e Inglaterra estaban entonces en el período más agudo de esta lucha que por su secular duración ha sido llamada guerra de los Cien Años. Al mismo tiempo que tres Papas, hubo tres Emperadores disputándose la corona con las armas. Para ceñirse a las querellas religiosas, recuérdese que el gran cisma costó un número terrible de muertos, cifra que fué arrojada como un sangriento reproche a la faz de Benedicto XIII por el Rey de Inglaterra.

Las naciones se levantarán contra las naciones.—Debilitada por estériles discusiones, y deshonrada por una mala fe digna de los paganos, Bizancio había sido la rica presa codiciada por los nuevos bárbaros, feroces sectarios del Corán. Cayó a sus golpes el 1453. Era esto algo más que un signo ordinario. Si se reflexiona bien en este inmenso derrumbamiento, en la extinción fatal de aquella antorcha tan resplandeciente, se ve uno forzado a admitir que aquel eclipse podía ser mirado como preludio de cataclismos supremos.

Habrá pestes, hambres y temblores de tierra.—Cesar Cantú habla así de aquel tremendo flagelo: "Desde Grecia, la peste pasó a Italia, en donde las mieses y las vides perecieron por falta de brazos para recogerlas. Venecia perdió cien mil habitantes, Florencia no perdió menos. En Pisa, murieron siete sobre diez; en Siena, ochenta mil en cuatro meses; cuarenta mil en Génova; sesenta mil en Nápoles. En muchos lugares, no quedó más que una décima parte; no sobrevivió ni uno sólo en Trápani. El flagelo ganó en seguida España y Francia, en donde, en París solamente murieron ochocientas personas por día. Después, al siguiente año, invadió Inglaterra, Alemania, Holanda, precedida por horribles temblores de tierra y por lluvias torrenciales. Se diría que una tercera parte de Europa había sido segada."

En Oriente era peor todavía. "Estalló en Egipto y en Siria con tal furor, cuenta el mismo historiador, que perecieron en El Cairo de diez a quince mil hombres por día. Gaza perdió en seis semanas veintidós mil, con casi todos los animales." Un comercio muy activo con estos países llevó el flagelo a Chipre. Los musulmanes, temiendo que los esclavos aprovecharan el desorden para rebelarse, pensaban en darles muerte, cuando de repente la tierra tembló, los barcos se hundieron; los que huían de la enfermedad fueron tragados por las olas. El escritor sagrado habla después de *escándalos, traiciones, odios, falsos profetas*. La historia es demasiado rica en tristes detalles sobre todos estos puntos para que sea necesario detenernos en ella. Es sabido que fué preciso enviar ejércitos contra los herejes; que los escándalos venían de muy arriba; y que los odios públicos parecían formar parte de las leyes sociales de estos dolorosos tiempos.

Y el texto añade: "*Y puesto que la iniquidad abundará, se enfriará la caridad de muchos*". La incertidumbre que reinaba en los espíritus debilitaba la fe. Unos querían gozar antes de morir; otros, imaginándose que el gozo era el único remedio contra el flagelo, no respetaban nada, ni a Dios ni a los afectos y lazos de la sangre, ni cosa alguna divina ni humana.

En fin, "*había como un ruido confuso del mar y de las olas*". Ninguna figura mejor que ésta podría significar la confusión de la autoridad, que se extendía poco a poco en todo el pueblo cristiano.

Y si se quiere agotar el texto, según San Gregorio, entonces encontraremos que el sol se oscurecía: es decir, Nuestro Señor, Sol de justicia, se extinguía en las almas; que la luna no daba su plena luz: es decir, la Iglesia, que tiene de Cristo todo su resplandor como la luna del sol, estaba empañada y velada; que las estrellas caían, es decir, los servidores de Dios; que las virtudes de los cielos se conmovían: es decir, los pastores, supremas columnas de la Iglesia.

San Vicente Ferrer aplicaba sin vacilar estas señales a las circunstancias en que se encontraba entonces el mundo. Puede uno convencerse por el siguiente fragmento: "En sentido espiritual estas señales se cumplen y ya han llegado..." La Santa Escritura entiende, en efecto, por el sol, la dignidad pontifical; por la luna, el estado secular; por las estrellas, las personas religiosas. Ahora bien, el sol, es decir, la dignidad pontificia, está oscurecido, porque desde hace treinta años no se sabe con certeza dónde está el verdadero Papa. Unos dicen: "Es ése", los otros "es aquél". En este momento hay tres soles. ¿Qué tremendo signo sería en el cielo material ver al sol dividido en dos o tres soles! Esto nos indica que el juicio está próximo.

Igualmente en cuanto a la luna, o sea, el poder secular, se ha convertido en sangre, es decir, los reyes, príncipes y poderosos se matan y destruyen entre ellos, y la guerra desola todo el universo. ¿Cuántos miles de hombres mueren cada día en los combates!

En tercer lugar, las estrellas caerán del cielo. Las estrellas son las personas piadosas cuya alma se fija en el cielo por la devoción; de ellas hablaba Dios a Abraham al decirle: *Multiplicaré tu raza como las estrellas del cielo*. Ahora bien, estas estrellas han caído del cielo. Los religiosos cuyos afectos deben permanecer en el cielo, están buscando las cosas terrenas, las riquezas, los honores, las dignidades, las magistraturas. Igualmente entre los clérigos y los laicos, nadie mira al cielo, sino a la tierra, verificándose estas palabras de David: *Quisiera inclinar sus ojos a la tierra*.

La indicación, pues, del tiempo del juicio está señalada por estas señales manifiestas. Por esto Cristo, ofreciéndonos una comparación a propósito de estas señales, dice: "Ved la higuera y los demás árboles: cuando producen sus frutos sabéis que el verano se aproxima. *Igualmente cuando viereis suceder estas cosas, sabed que el Reino de Dios llega, es decir, Cristo, a juzgar al mundo*. (Serm. para el primer domingo de Adviento.)

El, la última figura y tipo de la Edad Media, último fruto perfecto del árbol de Santo Domingo en su pleno florecimiento durante estos dos siglos de fecundidad maravillosa, asistía al declinar de esta edad de fe, veía terminar este mundo del catolicismo íntegro, y cumplía en él el papel que cumplirá en los últimos días este Ángel del Apocalipsis. Así como también el Anticristo había

ya nacido en su época en la persona de Wicleff y de los sectarios innovadores, otros tantos precursores de este hombre del mal, que abrieron la era de la revolución religiosa, política y social, cuyas últimas consecuencias estamos viendo.

Se estaba, pues, entonces ciertamente en aquellas "enfermedades del mundo" ("aegritudines mundi") de que habla San Ambrosio, en aquel *misterio de iniquidad que debe preceder al inicuo por excelencia, el Anticristo*. La decadencia era tanto más impresionante cuanto que en un tiempo no lejano, la sociedad cristiana había arrojado un vivo resplandor...

La caída fué entonces rápida, como sucede a los que no saben lo que cuesta la gloria y la fortuna. La humanidad se durmió cansada, y como agotada. El Sacro Imperio, demasiadas veces degradado, había perdido todo prestigio; Italia se empeñaba en vano en reanudar el hilo de sus destinos; Francia, cuya suerte parece ligada a la del mundo, expiraba bajo los golpes de Inglaterra, su rival, que se encontraba a su vez entregada a las salvajadas de los Lollardos, y ya madura para llegar a Enrique VIII; en España, el furor de los partidos no conocía límites, el disolvente mahometismo infectaba las más bellas provincias; los judíos, únicos industriales, únicos detentadores de la riqueza pública, abusaban de ellas sin control para una opresión sin medida.

Del P. Fages, O. P.,
•Histoire de Saint Vincent Ferriere



... Sí, tú eres este Ángel - responde incorporándose la mujer.

Santo Tomás de Villanueva en su Centenario

(1555-1955)

España, en este 1955, vive el Centenario de Santo Tomás de Villanueva. Valencia, la ciudad que saboreó completamente el jugo de su vida, es objeto de comentarios y referencias. Porque en Valencia se ama a quien fué durante diez años su paño de lágrimas. Y nos están demostrando los valencianos que también ellos saben hacer cosas serias con los Santos. Primero, es San Vicente Ferrer quien ocupa sus afanes. Más tarde, Tomás de Villanueva robará los corazones. El amor no encuentra obstáculos y menos en España. Si Valencia ha hecho un alarde de cariño con los hijos de Agustín, que recientemente han abierto sus inteligencias a la juventud, no será menos en este Centenario de Santo Tomás, el más genuino representante de la escuela agustiniana, en nuestra Patria. Y Valencia es completamente agustiniana, como lo son Salamanca y Valladolid.

Y ahora que España entera clama porque Santo Tomás de Villanueva sea declarado Doctor de la Iglesia, vamos a enhebrar un hilito más en la rica corona que como a Santo y sabio le han tejido los siglos.

EL SANTO



QUELLA noche del 4 de agosto de 1544, Fr. Tomás no durmió. Sentíase agobiado. Todo le parecía jirones de vida. Puso los ojos, silenciosos, en el cuadro de la Madre y evocó escenas, fechas, personas. Soñó en el Noviciado, en el día 25 de noviembre del año 1517, cuando renunció solemnemente al mundo; soñó con aquellas paredes del claustro santificadas por los monjes..., soñó con Salamanca. Él no lo comprendía. Pero Dios sí. Él no sabía por qué en 1519 era nombrado Prior de Valladolid, la ciudad que tantas veces le vió llorar cabe las cenizas de su infortunio; por qué en 1521 y 1523, respectivamente, lo fué de Salamanca, y después Provincial de Andalucía. Duro interrogante, efectivamente, para un alma como la suya. Los Santos nunca comprenden estas cosas. Pero los Superiores veían en Fr. Tomás al hombre hecho para todos... Soñó Fr. Tomás en aquellos dos años que siguieron al provincialato, acaso los más hermosos de su vida. Libre de honores y cargas, podría entregarse completamente en brazos de la soledad y del silencio. Pero esto sería como un oasis en medio del desierto. Burgos, mecida por el Arlanzón, le esperaba en 1531. En 1534 a Burgos le salieron cardos en el alma: Fr. Tomás era elegido Provincial de Castilla. Pero tres años más tarde volvió a gozar de sus auras y sus ríos, para pasar en 1541 a regir los destinos del histórico Convento de Valladolid, hijo hoy de las ruinas y de la malicia humana. Esto había sido su vida monacal. Agitada, sin esa emoción poética que casi nunca pueden gozar los Superiores santos.

Cuando Fr. Tomás presenció el amanecer dejó de mirar el cuadro. Las lágrimas descubrían su quebranto. Seguramente que miró la mañana preñada de calores. Era el 5 de agosto de 1544, fiesta de Nuestra Señora de las Nieves. Fr. Tomás, obligado en virtud del voto, acepta el Arzobispado de Valencia. A mediados de diciembre, Valladolid con el alma desgajada, siente la nostalgia de su partida.

Desde el amanecer de 1545 Valencia jugó con su bondad. Pero también recibió los golpes de su energía. Nunca se doblegó ante el peligro. Los sacerdotes le recibían con desdén. Pero fué atrayendo estas ovejas, que terminan por acercarse al fraile agustino, como el niño que ofendió a la madre. Defendió enérgicamente los fueros eclesiásticos. Sacó de las inmundas cárceles a los sacerdotes allí sepultados por sus adulterios y desenfrenos. Una vez ganadas estas ovejas, nada impedía la reforma total de su Diócesis; porque el pueblo, sencillo por naturaleza, como lo son sus huertas, azotadas por la brisa del Mediterráneo, y so-

bre todo por las brisas de la historia, le recibió con cariño y amor. Recorre sus pueblos y aldeas. Alienta a unos, socorre a otros. Defiende a los ultrajados, anatematiza la infidelidad, y de tal manera se entregó a estos afanes, que cuando por todas partes le sonreía la fama y el honor, habiéndosele suplicado insistentemente que asistiera al Concilio de Trento, el pueblo se apretujó a su corazón y le impidió salir de Valencia. Ni el César, ni tampoco Serripando, pudieron arrancarle a sus designios. También la enfermedad le sujetaba fuertemente para que no pudiese asistir a esas gestas de Trento.

Pero quienes más supieron de su virtud y santidad fueron los pobres. Por algo al Fraile Agustino se le apellida el "Padre de los Pobres". Estos son los mimados de Fray Tomás. Ellos robaron su alma y corazón. Una sonrisa correcta y buena del Arzobispo les hacía olvidar sus penas. Él sanaba su miseria y él besaba su indignidad. Vivió como pobre y la pobreza selló sus parpados cansados ya de la vida. Hasta el lecho que arropó su último suspiro era de los pobres. Lo había dado todo a los hombres, menos el corazón que era de Dios. Y Dios se lo llevó el 8 de septiembre de 1555.

Así de sencillo. Sin estar divorciado del mundo, sin buscar escenas tristes ni dolorosas, Fr. Tomás fué santo. No despreció la corte ni la compañía de grandes y sabios. Pero buscó en ello a Dios. Y cuando se busca a Dios se pueden escribir páginas hermosas en el libro de la Vida. Fr. Tomás podía ser comentado, porque realmente su vida es una tragedia histórica. Vicente Escrivá demostró éste nuestro aserto en esas páginas que tienen rumbos de perenne juventud y que él tituló *El Arzobispo del Imperio*, porque, en efecto, Santo Tomás de Villanueva es el espejo fabricado por Dios para que España mirase en él su grandeza.

EL SABIO

Tengo sobre la mesa un libro de Menéndez y Pelayo: *"La Ciencia Española"*. El insigne polígrafo refuta en primer lugar una proposición aventurada de don Gumerindo de Azcárate: *"se ahogó casi por completo la actividad científica de España durante tres siglos"*, que son sin duda el XVI, XVII y XVIII". (Cap. I, pág. 20). No era por cierto difícil desvanecer semejante proposición. Menéndez y Pelayo lo hizo cumplidamente recordando los autores más ilustres que en esos tres siglos cultivaron las diversas "ramas del árbol enciclopédico". Pero no comprendo por qué se dejó en el tintero el nombre de Santo Tomás de Villanueva, siendo así que cita, no sólo a humanistas, sino también a teólogos, ascetas, escriturarios..., como Soto, Bañez, Suárez, Laínez, Molina, Granada y León. Pero claro

está que esto nada significaría si en la *Historia de los Heterodoxos* no hubiera afirmado que la reforma cultural y moral de España brilló con todo su esplendor cuando honraban la mitra prelados como Tomás de Villanueva. (Tomo II, preámb., pág. 25). En verdad que pocas cosas podía decir de Santo Tomás. Pero algo sí. Y la causa de este desconocimiento sería indudablemente el que sus *Conciones* estuvieran escritas en latín. Y precisamente en esas *Conciones* es donde mejor está retratada su personalidad literaria.

Santo Tomás de Villanueva tuvo que abrirse paso a la vida como los demás hombres. Tuvo que luchar con la ciencia y el arte en el colegio Ildefonsiano de Alcalá. Y lo hizo con fortuna en opinión de su profesor Juan de Vergara y de los que más tarde fueron sus discípulos, Hernando de Encinas y Fr. Domingo Soto. Obtuvo la cátedra de Filosofía de la Universidad. Pero en Salamanca le esperaban los hijos de Agustín. Profesó en su Convento y desde entonces relegó las ciencias naturales y filosóficas a un segundo lugar, para redactar esos bellísimos *Opúsculos castellanos* que justifican con cuánta razón pedimos para él un puesto honorífico en nuestra literatura mística, al lado de Lulio, Juan de la Cruz, Teresa, Ignacio, Orozco, etc. Difícilmente puede ser superado el tratado de la *Exposición del Cantar de los Cantares* o el *De la lección, meditación, oración, contemplación* que pone a Santo Tomás, si no "el primero entre los místicos españoles que han escrito en castellano acerca de estos cuatro medios de la perfección espiritual, sí en un puesto preeminente; y es una pretensión injusta la que se comete con él al no citarle entre dichos escritores" (P. Ignacio Monasterio, O. S. A., *Místicos Agustinos Españoles*, vol. I, Cap. III, pág. 88).

Pero ya dijimos que donde mejor retratada se halla su personalidad es en las *Conciones*. No sé si recuerda don José Suárez Carreño que en una conversación dejó escapar estas palabras: "Me admira la literatura de los Santos". El misterio que él no acertaba a descubrir se encuentra indudablemente en la delicadeza con que redactaron sus escritos. Y Tomás de Villanueva cultivó como pocos esa sencillez, llegando a veces hasta la vulgaridad, defecto que se perdona fácilmente al considerar que esas *Conciones* iban dirigidas a un pueblo sencillo y modesto. Esta delicadeza nos explica el que las *Conciones* de Santo Tomás entusiasmaran a ilustres literatos — Quevedo le llama "Monstruo de las letras" —, a predicadores, monjes y sabios. A todos admira la concisión teológica, mística, escrituraria, moral y ascética de sus frases. A todos asombran esas preguntas que cortan el alma. Nadie como él, a excepción de Agustín y el Crisóstomo, han manejado con tanta sublimidad la Escritura. "Porque me parece que se encuentra en él la ciencia de Santo Tomás de Aquino, la unción de San Buenaventura y la fecunda elocuencia del Abad de Claraval". (Ilmo. Sr. Albi sobre las *Conciones* traducidas al francés por el P. Ferrier, cit. por el P. Tomás Rodríguez, O. S. A.: *Estudio sobre los escritos de Santo Tomás de Villanueva*, pág. 150). Y esto no es fantasía. Ahí están sus obras dormidas, por desgracia, en el regazo de la incompreensión humana. El Cardenal Maury le incluye en el *Essay sur l'éloquence de la Chaire* y dice que "es una mina escondida de donde podrán sacar los predicadores grandes tesoros", (Tom. II, pág. 103). Los espíritus aventureros sentíanse dominados. Aquel Imperio de Carlos V, hecho a los azares de la guerra, doblegaba su soberbia ante los idilios divinos que fluían con entusiasmo arrebatador de los labios de Fr. Tomás. Ellos mismos afirman, según el Abate Dabert "que más bien que palabras parecía lanzar carbones encendidos" (*Histoire de Saint Thomas de Villeneuve*, Introd., pág. 14). Fr. Tomás se hizo grande a presencia de la vida que arrastraba en sus olas de sangre las almas de sus hijos. Sí; en el océano



Santo Tomás de Villanueva

de la vida vió fluctuar las almas. Sólo Tomás de Villanueva con Venegas, Ávila y Granada, en España, igualan a cualquier otra nación, incluida Francia con Bossuet, Massillon y Bourdaloue.

Tomás de Villanueva es el arpa de María. Los sauces recogieron en sus alas ligeras los acordes prodigiosos de su fervor mariano. Y el cielo supo de esos suspiros. Y en confirmación veamos lo que dice el célebre jesuita Juan Mir: "Callen todos por muy afamados que sean con Santo Tomás de Villanueva... muy enterado de las reyertas que andaban en su tiempo sobre la Concepción de María, de cuyo privilegio se constituyó en aguerrido defensor... Pocos antes del siglo xvi hablaron tan hermosamente como él de la Inmaculada Concepción" (*La Inmaculada Concepción*, pág. 478). Al lado de las *Conciones* de la Virgen deben figurar las de la Eucaristía.

En fin, Santo Tomás de Villanueva supo de antítesis, alegorías, símiles. Pero sobre todo supo ser, como decíamos, delicado. Es ameno como puede serlo cualquiera de los Santos Padres. Y en relación con los arriba citados de su siglo, diremos que les supera en mucho, lo mismo que a Melchor Cano Vázquez, Montano, Maluenda; y sobre todo a los heterodoxos Juan Díaz, Servet, Molinos, Tejada, Valera. Y, sin embargo, éstos reciben el incienso de la intelectualidad, mientras Santo Tomás de Villanueva es mirado con cierta indiferencia. ¡Cosas del hombre!

Podíamos haber dicho algo de Santo Tomás como teólogo, místico, asceta, escriturista..., que todo esto lo cultivó en grado eminente. Puede ser que en alguna ocasión exponamos ampliamente algunos de estos puntos.

Fr. ÁNGEL RODRÍGUEZ, O. S. A.

Por considerar que habría de ser de interés para nuestros lectores el tener impresiones directas de la reciente reunión de los «cuatro grandes», CRISTIANDAD envió expresamente a Ginebra a su Redactor-jefe, D. José-Oriol Cuffi Canadell, quien a continuación nos expone lo visto y oído.

EL DIRECTOR

GINEBRA, JULIO DE 1955

UNA ILUSION DE PAZ



Edgar Fauro

Llegamos a Ginebra con la persuasión de que ahí va a hacerse una demostración de amistad y de colaboración entre Oriente y Occidente. ¿Alcance de la Conferencia? Lo ignoramos totalmente. ¿Motivos de aquella vaga creencia? La intervención personal de Bernard Baruch cerca de Molotov y de Eisenhower, y el ambiente de forzada cordialidad que se respiraba los pasados días en Washington y Moscú.

David Lawrence afirma en el *Evening Star* que el deseo soviético de un entendimiento con el mundo occidental responde a una necesidad urgente por hallarse la URSS muy cerca de una grave crisis económica. Como los soviets no pueden afrontar una nueva guerra, tratan de entenderse ahora con el mundo capitalista.

Opinión muy distinta sustentaba el Nehru a su regreso de Moscú: "Todo aquel que piense que la *actual política soviética* es resultado de una supuesta debilidad, lo hace con una impresión totalmente equivocada."

¿Quién está en lo cierto? Para este humilde cronista, sean o no reales las dificultades económicas de los soviets, algo más hondo ha venido preparando ese ambiente de amistad y dulzura en que se mueven los dirigentes políticos de ambos bloques. ¿Quién hubiera dicho unos meses atrás que el embajador soviético Zaburín, obligado hace algunos años a abandonar el Canadá por su participación en el caso Guzenko, pudiera ser invitado oficialmente por el embajador canadiense en Washington a una fiesta típica nacional! Eso acaba de ocurrir ahora.

Que algo ha cambiado entre bastidores, parece evidente. ¿Hasta qué punto es decisivo y profundo ese cambio? Tal vez en Ginebra podamos apreciarlo de algún modo. La esperanza, dicen, es lo último que se pierde.

* * *

La *Maisson de la Presse* es el nombre provisional con que ha sido bautizado por unos días el Palacio del Consejo General ginebrino. Más de mil trescientos periodistas de todas las razas y de todos los países encuentran acogida en su amplio recinto.

Muchas organizaciones internacionales han aprovechado las facilidades que ofrece el edificio para celebrar sus reuniones y sus asambleas. Así, en 1953, el *Congreso Mun-*

dial Judío tuvo sus sesiones en la gran sala del Palacio, convertido ahora en lugar de trabajo para los corresponsales de prensa y radio que tratan de seguir las conversaciones de los "cuatro".

En el gran hemicycle, las máquinas teclean sin cesar, mientras en el bien provisto bar que se abre en el "hall" no cesan un minuto de servirse abundantes provisiones de boca.

Nos paseamos a menudo por las diversas dependencias de la *Maisson* en espera de noticias que casi nunca llegan. ¿Qué escribirán entonces los atildados corresponsales en sus flamantes máquinas?

Son las cuatro de la tarde. En la entrada de la *Maisson*, junto a los servicios de control, acaba de depositarse un voluminoso paquete de ejemplares del diario *Le Monde*, acabado de llegar de París... con una fecha adelantada (!). De todas partes surgen manos arrancando materialmente los diarios de manos del vendedor. A poco, en el "hall" vemos desplegarse los ejemplares tan febrilmente adquiridos. Algunas máquinas que estaban descansando no tardarán en dejar oír su furioso teclear, y los mensajes sobre el desarrollo de la Conferencia llegarán sin mayores interrupciones a los cuatro puntos cardinales.

* * *

El comunicado de la Tass del 13 de junio daba la tónica del interés soviético por el éxito de la Conferencia, a la par que constituía una afirmación pública del sentido pacifista que informa la nueva política de la URSS. Conviene tenerlo presente en estos momentos.

"Las nuevas medidas tomadas por la Unión Soviética en pro de una disminución de la tensión internacional —decía—, han tenido profunda influencia en la situación mundial. Entre estas medidas figuran: la conclusión de un Tratado de Estado con Austria, la proposición del gobierno soviético sobre la reducción de armamentos y la prohibición de las armas atómicas y las medidas susceptibles de impedir la amenaza de una guerra, las negociaciones soviético-yugoeslavas..., la proposición tendiente a establecer relaciones diplomáticas entre la URSS y la República Federal alemana..., etc. Todo esto constituye una importante contribución de la URSS a la obra de consolidación de la confianza mutua entre los Estados, así como a la obra de consolidación de la paz."

Al parecer, en Ginebra, se han olvidado del contenido officioso de esa nota. Queda claro que la URSS toma bajo su iniciativa exclusiva el arreglo de sus relaciones con la República Federal germana, y ahí está la invitación a Adenauer, aceptada ya por el canciller, para que acuda a una cita en el Kremlin. Bulganin acaba de decir junto al lago de Ginebra que la Unión Soviética no tiene prisa en la re-

unificación de Alemania. Se comprende. ¿Cómo podía haber acuerdo si los jefes soviéticos no han hablado todavía con Adenauer?

En breves horas ha quedado cancelado el primer tema de la Conferencia. La cuestión alemana ha quedado una vez más aplazada.

Pero ¿y el optimismo? Ahí estaba Edgar Faure para cerrar el inexistente debate con una parrafada solemne. "Todos nos felicitamos, ha venido a decir, por la enorme prueba de sinceridad que acaba de demostrar la delegación soviética". Sonrisas y apretones de mano. Los "cuatro" pueden entrar, sin mayores preocupaciones, en el examen del segundo punto del orden del día.

* * *

Olvidábamos explicarles algo que tiene cierto interés. Nos referimos a las medidas de precaución policiaca — de la nacional y de las extranjeras — que han convertido a Ginebra por unos días en un coto cerrado.

La vigilancia es enorme. Los delegados de las cuatro potencias se muestran a la curiosidad pública con enormes precauciones. Menos mal que no existe curiosidad pública.

Ese cúmulo de precauciones ha dificultado algo nuestra entrada en la *Maison de la Presse*. Los funcionarios, correctísimos, nos piden siempre más papeles, más credenciales. Si éstas no fallan, siempre habrá necesidad de alguna fotografía personal para obstaculizar el bien montado engranaje de fiscalización y expedición de pases de libre circulación.

Risueños y amables, el jefe de Prensa de la ONU y el Director de la *Maison* han venido exprofeso a la Universidad — donde funcionan las oficinas de expedición de pases periodísticos — y en breves segundos de conversación han allanado todas las dificultades. En voz alta hemos dicho que no creíamos tener tanta importancia para obligar a tan distinguidos compañeros a desplazarse para solucionar nuestro "caso".

Sin embargo, somos uno más en acreditar la extrema corrección y la efusiva camaradería de ambas personalidades. Ciudadanos del Imperio británico, nada menos.

* * *



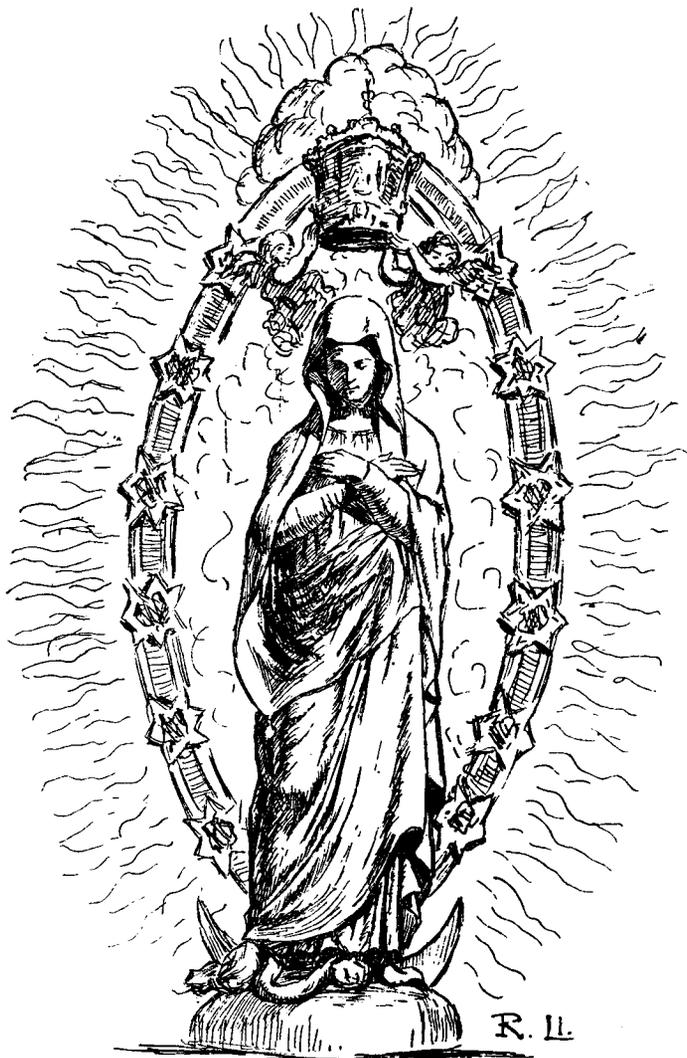
Eden

El representante del Kremlin ha dicho a los "tres" que sin garantía absoluta de seguridad en Europa no puede haber solución para el problema alemán. Por ello, ha presentado un plan en quince puntos destinado a garantizar la paz. Entramos de lleno en el segundo tema de la Conferencia.

A Bulganin le sobra la NATO, y como estamos en plena euforia de sinceridad lo ha manifestado verbalmente y por escrito.

La lectura del proyecto soviético ha sumido a la Conferencia en nuevo "impasse".

La URSS pide, entre otras cosas, que la China roja pueda tener observadores permanentes en los organismos de seguridad europea que preconiza en su plan. Un silencio glacial ha acogido el término del discurso-lectura de Bulganin, pero el acuerdo ha sido unánime y genial: Se pasa al tercer punto del orden del día; el plan soviético será estudiado por los Ministros de Asuntos Exteriores... en octubre.



«Notre Dame de Ginebra»

* * *

¿Por qué ese interés en traer los chinos a Europa? Si no fuera por el fanatismo negativo de los supercríticos y la sonrisa despectiva de los sabihondos demócratas, trataríamos de encontrar la respuesta en algún párrafo de los discutidos *Protocolos*.

¿Qué le parece a usted, amigo lector?

* * *

El tercer punto del orden del día de la Conferencia dice simplemente: Desarme.

Ha sido la ocasión para que Eisenhower hiciera una proposición sensacional. El día anterior fueron los bolcheviques los que dieron prueba de su inagotable imaginación.

El Presidente norteamericano no ha querido ser inferior a Bulganin y se ha descolgado con una propuesta que presupone el intercambio inmediato de los planos detallados "de todas las instalaciones militares" y el libre vuelo de los aparatos soviéticos sobre el territorio estadounidense para que puedan tener constancia fotográfica de las intenciones pacíficas de Washington.

La URSS ha dado la callada por respuesta. No creemos que Eisenhower esperara mucho más de los bolcheviques... y de los demás.

"La delegación norteamericana — afirmaba casi en el mismo instante el senador McCarthy — fracasará en su intento de aliviar la situación". ¿Lo pretendía Eisenhower con su singular propuesta? Lo dudamos.

El vicepresidente Nixon cree todavía que la URSS desea llegar a un acuerdo en Ginebra. De momento, se ha

ACTUALIDAD

dado carpetazo al problema del desarme y se ha decidido entrar en el último punto del orden del día.

La *Maison de la Presse*, sin noticias y sin conferencias de prensa, casi, está languideciendo en una placidez sin igual. Empieza a hacer mella el pesimismo, pese a los brindis efusivos con que se cierran los bien provistos banquetes.

* * *



Bulganin

Que *Notre Dame* de Genève, que reina sobre la ciudad desde el otro lado del Ródano, haga sentir en los corazones de los que tienen en sus manos, humanamente hablando, el porvenir del mundo, el sentido de la verdadera paz.

* * *

Eisenhower ha hecho otra propuesta singular. Se discutía el último punto del orden del día: Intercambio entre Oriente y Occidente. Los soviets son enemigos, por principio, a cualquier filtración que pueda oler a anticomunismo. Se comprende.

Ahora bien, Eisenhower ha leído unas breves recomendaciones que podrían ser admitidas por los hombres del Kremlin. He aquí la propuesta esencial:

"Levantar las barreras que impiden actualmente la circulación de informaciones y de ideas". ¿Intenta el Presidente abrir la puerta grande a la avalancha propagandística de la URSS? El proselitismo comunista es aceptado básicamente en el mundo democrático, pero si se aprobase la proposición norteamericana, ¿a dónde iríamos a parar?

Tal vez una de las explicaciones del punto de vista norteamericano la podamos encontrar en el "Comunicado de prensa" que el *Congreso Mundial Judío* ha repartido en la *Maison de la Presse*. Se trata de la Declaración que dicho organismo, a través de sus directores políticos de Londres y Nueva York, A. L. Easterman y M. L. Perlzweig, respectivamente, han hecho llegar en nombre del *Congreso* a la mesa de la Conferencia.

"La guerra fría — dice el *Congreso Mundial Judío* — ha roto la unidad del pueblo judío; ha abierto un abismo entre comunidades que poseen el mismo patrimonio religioso y cultural, y ha separado violentamente familias, frustrando todo esfuerzo para servir fines comunes en interés al mismo tiempo de la humanidad y del pueblo judío."

Hay que levantar un puente entre Este y Oeste. Hay que respetar la vida especial y las tradiciones del pueblo judío. Así termina diciendo la declaración del *Congreso*.

¿Responden a ese sentir las afirmaciones de Eisenhower?

* * *

Se dice que el viaje que hizo Kruchev a Pekín en septiembre de 1954, es una de las claves de la nueva política conciliadora de la URSS.

La Unión Soviética recela que a la larga los seiscientos millones de chinos sean más fuertes que los doscientos millones de rusos. Los hombres del Kremlin temerían más a China que a Alemania.

De ahí, el interés de Kruchev en pro de una campaña encaminada a una nueva revalorización de Siberia. De ahí, la frase dicha por una elevada personalidad soviética el día cuatro de julio en Moscú al agregado militar norteamericano: "Si una guerra es inevitable, *esperemos cuando menos que lucharemos en el mismo lado*".

¿Guerra contra China?

Esa explicación, que se dice procede de un informe diplomático, puede ser o no cierta, o puede tener alguna parte de verdad. Es lo más fácil.

Antes indicábamos el interés soviético por introducir a China en los organismos propiamente europeos. Aquí se trataría, al parecer, de una cosa completamente distinta. Al menos en apariencia... Porque no todo es tan sencillo como pudiera creer alguno. China puede ser empleada algún día como una tremenda palanca para remover el mundo. Pero si ha de ser palanca, ha de conformarse a servir simplemente de instrumento.

* * *



Eisenhower

Los "grandes" se han despedido con una cordialidad que abrumba. El comunicado final da constancia fehaciente de que *no se ha resuelto ningún problema* pendiente. El acuerdo positivo es el de ordenar a sus respectivos ministros de Asuntos Exteriores a reunirse en Ginebra durante el mes de octubre "para *iniciar el estudio* de estas cuestiones y determinar la organización de su trabajo".

Las cuestiones son sencillamente las que se inscribieron en el orden del día de la Conferencia.

Inmediatamente después de hacer ese encargo, los "cuatro" han salido de Ginebra.

"Creo — ha dicho Eisenhower — que ha sido una buena conferencia". Eden ha precisado: "Realmente tratamos de conseguir tres cosas: la primera, ponernos de acuerdo sobre los problemas a resolver; la segunda, trazar su curso, y la tercera, tratar en discusiones privadas de reducir el sentido de la desconfianza. Creo poder decir, con arreglo a la verdad, que hemos logrado en estos tres objetivos más de lo que yo había esperado".

El Pandit Nehru ha dicho, sencillamente, que en Ginebra se ha demostrado que los rusos y los norteamericanos pueden marchar de acuerdo.

"Relajación de la tirantez internacional" y "consolidación de la confianza entre los Estados". Así resumen los "grandes" en su nota oficial el alcance y resultado de la Conferencia de Ginebra.

¿Es ésta la realidad de las reuniones ginebrinas?

Así quiere hacerlo creer, *con inusitado éxito*, una bien orquestada propaganda de informaciones y comentarios.

* * *

Un interesante comentario:

"Es una ignorancia peligrosa y fatal la que descansa sobre la *ilusión de que los hombres libres puedan coexistir pacíficamente con los comunistas*..."

"¿Es posible coexistir pacíficamente con hombres que eduquen *así* a la juventud de su mundo rojo y ateo, hombres cuyo lenguaje ofensivo, envilecedor y arrogante hace

imposible cualquier aproximación de ideas? Preguntadlo a nuestros representantes que han tratado con los comunistas en Alemania, en Austria, en Panmunjón. Estos conocen bien la respuesta por desventura suya y nuestra.

"Los americanos han de tener presente hoy más que nunca en nuestra vida nacional la sentencia de muerte bien definida que ha sido pronunciada contra nosotros por aquella misma potencia con la cual se nos pide coexistir pacíficamente. Hemos de tener presente hoy más que nunca que sería fatal para nosotros caer en la tentación de confiar en esos jefes malvados que deben su encumbramiento a la mentira, al engaño y a la traición."

Firmado: Francisco, Card. Spellman. Arzobispo de Nueva York.

De un artículo titulado "El precio de la libertad", aparecido en la revista *Concretezza* de Milán.

* * *

Antes de salir para Ginebra, el presidente Eisenhower recibió en su despacho de la Casa Blanca a Bernard Baruch, consejero que fue de Wilson, Roosevelt y Truman.

Baruch conversó con el Presidente durante media hora, y a la salida manifestó a los periodistas que *no podía hacer ninguna indicación sobre el objeto de su visita ni el tema de la conversación.*

Conviene recordar — como lo indicábamos ya en el anterior número — que en su reciente estancia en los Estados Unidos, el ministro soviético Molotov solicitó y obtuvo una entrevista con Bernard Baruch.

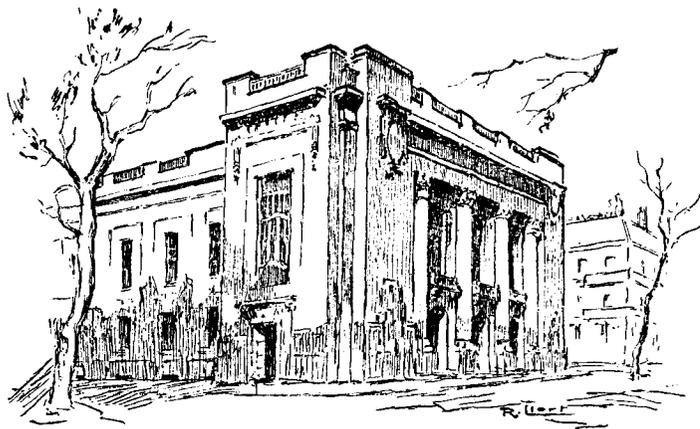
No hemos visto a Bernard Baruch en Ginebra. Tal vez su presencia no era necesaria. Pero, ¿quién dudará que en la Conferencia faltaba algún "grande" de los de verdad?

* * *

Terminamos esas ligeras notas en Barcelona con un recuerdo que no nos ha abandonado ni un instante.

El director de la United Press en Roma pedía en vísperas de la Conferencia de Ginebra a la Secretaría de Estado del Vaticano un resumen del pensamiento del Papa sobre dicha reunión.

La respuesta fue muy sencilla. ¿Para qué pedir nuevas precisiones sobre el tema de la paz si el Romano Pontífice ha hablado con toda claridad sobre los principios y las bases de una coexistencia pacífica entre los pueblos? Y para concretar mejor, la Secretaría de Estado ponía de relieve



Maison de la Presse

unos párrafos del Mensaje de Navidad de 1954. Eso ocurría el 16 de julio, cuarenta y ocho horas antes de iniciarse las sesiones junto al lago ginebrino.

Decía y dice el Papa:

"En las condiciones de nuestro tiempo, *no hay otra forma de liberar al mundo de su agonizante pesadilla más que volviendo al temor de Dios*, que en forma alguna rebaja al hombre que de buena fe se somete a Él, y que más bien le salva de la infamia de ese pavoroso crimen de la guerra.

"¿Y quién puede sorprenderse si *la paz y la guerra demuestran estar estrechamente relacionadas con la verdad religiosa?* Todo lo que hay es de Dios; la raíz de todos los pecados consiste, precisamente, en separar las cosas de su principio y de su fin."

Recordamos en Barcelona esas tremendas, pero salvadoras palabras. A su luz, la Conferencia de Ginebra se nos aparece como algo espectral. La frialdad del ateísmo teórico y práctico no ha dado, porque no podía dar, ni luz, ni calor, ni vida.

Nada se ha resuelto, pero *la falaz ilusión de una paz* ha quedado prendida en la mente de algunos. Y, sin embargo, *no estamos más lejos hoy de una catástrofe que lo podíamos estar el 17 de julio.*

Claro está que Ginebra, la ciudad y el lago, son una maravilla. Y unos días de descanso, aunque haya un plan y un objetivo, no van del todo mal a nadie, por muy "grande" que sea...

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

EL VI CONGRESO NACIONAL DE «LA CITÉ CATHOLIQUE»

Durante los días 14, 15, 16 y 17 del pasado mes tuvo lugar en Reims (Francia) el VI Congreso Nacional de «La Cité Catholique».

De «reunión de familia» calificaban al Congreso sus organizadores. «Esta fórmula — decían — define mejor que la palabra «congreso» lo que son, lo que deben ser esos cuatro días, dedicados ante todo a los amigos de «La Cité Catholique»: los de casa y los de otros países que tenemos el gozo de invitar y de acoger. Nada parecido, por consiguiente, a una manifestación pública a través de la cual buscásemos un discutible efecto propagandístico».

Así, bajo esa tónica, se desarrollaron las sesiones del Congreso de nuestros amigos de «Verbe». Desde la vibrante y profunda lección de Jean Ousset a la documentada e intencionada explanación de Michel Creuzet, pasando por diversas e interesantes ponencias a cargo de François de Lemps, François Gousseau y otros, el Congreso tuvo siempre el calor fe-

cundo que le daba la asistencia asidua y atenta de la gran familia que integra hoy, en toda Francia, «La Cité Catholique».

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Reims, tuvo a bien bendecir la labor del Congreso, que recibió el alto honor de que el Prelado asistiese a una de sus últimas sesiones, dirigiendo palabras de aliento a los presentes.

Jean Masson y el Conde d'Andigné cerraron con certeras consignas las reuniones.

Los congresistas oyeron el último día Misa solemne en la maravillosa Catedral, para dirigirse después en animosa excursión a la antigua abadía benedictina de Hautvillers.

Agradecemos a nuestros amigos la cordialidad efusiva y las distinciones de que hicieron objeto al representante de CRISTIANDAD que asistió al Congreso. ¡Ojalá que esos contactos sean en adelante más frecuentes y más intensos!

Carta Pastoral

sobre problemas del Apostolado moderno

CARTA PASTORAL DEL EXCMO. SR. DR. D. ANTONIO DE CASTRO MAYER, POR LA GRACIA DE DIOS
Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE CAMPOS (BRASIL)

«Por su propia naturaleza la fe exige la integridad y la plenitud de sí misma». La defensa de esta exigencia inspira el importantísimo documento cuya publicación iniciamos en el presente número: «Carta pastoral sobre la integridad de la fe», la califica su mismo autor, el Excmo. Sr. D. Antonio de Castro Mayer. Desde su publicación para la diócesis de Campos, en el Brasil, el 6 de enero de 1953, esta pastoral ha despertado por la naturaleza misma de las materias de que trata, un interés, y ha obtenido una actualidad que en muchas cuestiones ha rebasado los límites de la diócesis y del país en que fué escrita. En España ha sido ya dada a conocer por un folleto de la colección «Fe íntegra», de la Obra de Cooperación Parroquial de Cristo Rey, de Madrid, del que la reproducimos, y por la revista «San José Oriol», de Barcelona. CRISTIANDAD comentó esta Pastoral en su número 256, del 15 de noviembre de 1954, y ahora, al incluirla en sus páginas pensando en la utilidad de sus lectores, en todo el mundo de habla española, se complace en expresar su gratitud hacia el Excmo. Sr. Obispo de Campos por los testimonios de aprobación y estima recibidos de él en diversas ocasiones

AL RVDO. CLERO SECULAR Y REGULAR
SALUD, PAZ Y BENDICIÓN EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO



MADOS Hijos y celosos Cooperadores:

De todos los deberes que incumben al Obispo ninguno sobresale en importancia como el de administrar a las ovejas que le fueron confiadas por el Espíritu Santo el manjar saludable de la verdad revelada.

Esta obligación urge de manera particular en nuestros días. Pues la inmensa crisis en que el mundo se debate resulta, en último análisis, del hecho de que los pensamientos y las acciones de los hombres se divorciaron de las enseñanzas y de las normas trazadas por la Iglesia, y sólo por el retorno de la humanidad a la verdadera fe podrá esta crisis encontrar solución.

Importa, pues, en el más alto grado, lanzar unidas y disciplinadas todas las fuerzas católicas, todo el ejército pacífico de Cristo Rey, a la conquista de los pueblos que gimen en las sombras de la muerte, engañados por la herejía o por el cisma, por las supersticiones de la antigua gentilidad o por los muchos ídolos del neopaganismo moderno. Para que esta ofensiva general, tan deseada por los Pontífices, sea eficaz y victoriosa, importa que las propias fuerzas católicas permanezcan incontaminadas de los errores que deben combatir. La preservación de la fe entre los hijos de la Iglesia es, pues, medida necesaria y de suma importancia para la implantación del reino de Cristo en la tierra.

La Historia nos enseña que la tentación contra la fe siempre es la misma en sus elementos esenciales, se presenta en cada época con aspecto nuevo. El Arrianismo, por ejemplo, que tanta fuerza de seducción ejerció en el siglo IV, interesaría poco al europeo frívolo y volteriano del siglo XVIII.

Y el ateísmo declarado y radical del siglo XIX tendría pocas posibilidades de éxito en tiempo de Wicleff y Juan Huss. En cada generación, además, la tentación contra la fe suele obrar con intensidad diversa. A unas consigue arrastrar enteramente para la herejía; a otras, sin arrancarlas formal y declaradamente del gremio amoroso de la Iglesia, inspírales su espíritu, de suerte que en no pocos católicos que recitan correctamente las fórmulas de la fe

y juzgan a veces sinceramente adherirse a los documentos del magisterio eclesiástico, su corazón late al influjo de doctrinas que la Iglesia condenó.

Es éste un hecho de experiencia corriente. ¡Cuántas veces observamos a nuestro alrededor católicos celosos de su condición de hijos de la Iglesia, que no pierden ocasión de proclamar su fe, y que, entretanto, en el modo de considerar las ideas, las costumbres, los acontecimientos, todo lo que la imprenta, o el cine, o la radio, o la televisión, diariamente divulgan, en nada se diferencian de los herejes, de los agnósticos y de los indiferentes.

Recitan correctamente el Credo, y en el momento de la oración se muestran católicos irrepreensibles, mas el espíritu que, conscientemente o no, les anima en todas las circunstancias de la vida, es agnóstico, naturalista, liberal. Como es obvio, se trata de almas divididas por tendencias contrarias. De un lado experimentan en sí la seducción del ambiente del siglo; de otro lado guardan aún, tal vez de herencia familiar, algo del brillo invariable, inextinguible de la doctrina católica, y como todo el estado de división interior es antinatural al hombre, esas almas procuran restablecer la unidad y la paz dentro de sí, amontonando o juntando en un solo cuerpo de doctrina los errores que admiran y las verdades con las que no quieren romper.

Esta tendencia a conciliar extremos inconciliables, de encontrar una línea media entre la verdad y el error, se manifestó desde los principios de la Iglesia. Ya el divino Salvador advirtió contra ella a los Apóstoles: «Nadie puede servir a dos señores». Condenado el Arrianismo, esta tendencia dió origen al semi-arrianismo. Condenado el Pelagianismo, ella engendró el semi-pelagianismo. Fulminado en Trento el Protestantismo, ella suscitó el Jansenismo. Y de ella nació igualmente el Modernismo, condenado por el Santo Papa Pío X, monstruosa amalgama de ateísmo, de racionalismo, de evolucionismo, de panteísmo, en una escuela empeñada en apuñalar traidoramente a la Iglesia. La secta modernista tenía por objeto, permaneciendo dentro de Ella, falsear por argucias, sobreentendidos y reservas, la verdadera doctrina que exteriormente fingía aceptar.

Esta tendencia no acabó aún; se puede decir que ella es parte de la historia de la Iglesia. Es lo que se deduce de estas palabras del soberano Pontífice gloriosamente rei-

nante en un discurso a los predicadores cuaresmales de Roma en 1944: "Un hecho que siempre se repite en la historia de la Iglesia es el siguiente: que cuando la fe y la moral cristiana chocan contra fuertes corrientes de errores o apetitos viciados, surgen tentativas de vencer las dificultades mediante algún compromiso cómodo, o apartarse de ellas, o cerrarles los ojos". (A. SS. 36, p. 73.)

* * *

Que aviséis a vuestros feligreses contra el espiritismo, el protestantismo, o el ateísmo, amados hijos y queridos cooperadores, a nadie podrá extrañar. En esta Carta Pastoral, sin embargo, os incitamos a denunciar las opiniones que entre los propios católicos corrompen no pocas veces la integridad de la fe. ¿Seréis en este punto igualmente comprendidos?

A muchos, aun dentro de los más piadosos, les parecerá que perdéis el tiempo, pues difícil les será entender cómo vosotros os consumís en conservar la fe en algunos que, bien o mal, ya la poseen, cuando sería mejor que os empeñaseis en la conversión de otros que yacen fuera de la Iglesia esperando vuestro apostolado. Les parecerá que llenáis de tesoros superfluos al que ya es rico, mientras que dejáis sin pan a quien muere de hambre. A otros se les figurará que sois imprudentes, pues siendo ya tan meritosa la profesión de católico en un siglo tan hostil, corréis el riesgo de perder hasta los mejores, si no os contentáis con una tal o cual adhesión a las líneas generales de la fe, sin cargar a los fieles con irritantes minucias.

Es de la máxima importancia, amados hijos y queridísimos cooperadores, que primeramente deis luz a vuestros feligreses sobre estas dos objeciones. Pues de lo contrario vuestra acción será poco eficaz y, por los calamitosos tiempos en que vivimos, vuestro celo será mal comprendido. No faltará quien vea en él, no el movimiento natural de la Iglesia, que por sus medios oficiales y normales excluye de sí, como organismo vivo que es, cualquier cuerpo extraño, sino la acción ininteligente y obstinada de exaltados paladines.

Así, ante todo, mostrad que, por su propia naturaleza, la fe no se contenta con lo que alguno llamase "*sus líneas generales*", sino que exige la integridad y la plenitud de sí misma. Para que lo entendáis, os pondré un ejemplo con la virtud de la castidad. Con relación a ella, cualquier concesión toma el carácter de oscura mancha y cualquier imprudencia la pone en peligro toda entera. Hubo quien comparó el alma pura a una persona de pie sobre una esfera; en cuanto se conserva en posición de equilibrio nada tendrá que temer, mas cualquier imprudencia la haría resbalar al fondo del abismo. Y, por esto, los moralistas y autores espirituales afirman unánimemente que la condición esencial para conservar la virtud angélica, consiste en una vigilante e intransigente prudencia. Precisamente lo mismo se puede decir en materia de fe. Cuando el católico se coloque en el punto de perfecto equilibrio, su perseverancia será fácil y segura. Este punto de equilibrio, sin embargo, no consiste en la aceptación de unas líneas generales cualesquiera de la fe; sino en la profesión de toda la doctrina de la Iglesia, profesión hecha no sólo con los labios, sino con toda el alma, abarcando la aceptación leal, no sólo de lo que el magisterio le enseña, sino aun de todas las consecuencias lógicas de esta enseñanza.

Para esto se hace necesario que el fiel posea aquella fe viva por la cual es capaz de humillar su razón privada ante el magisterio infalible, de discernir con penetración todo aquello que directa o indirectamente choca con las enseñanzas de la Iglesia. Pero si abandonase, por poco que sea, esta posición de perfecto equilibrio, empezará a sentir la atracción del abismo. Movidlo por la prudencia, y por el interés del rebaño a Nos confiado, os dirigimos, amados

hijos, esta Carta Pastoral sobre la integridad de la fe. A este respecto importa acentuar aún un punto, no siempre recordado, de la doctrina de la Iglesia. No se piense que una fe así tan esclarecida y robusta sea privilegio de los doctos, de tal forma que sólo a éstos se pudiese recomendar la situación del equilibrio ideal que arriba describimos.

La fe es una virtud, y en la Santa Iglesia las virtudes son asequibles a todos los fieles, ignorantes o doctos, ricos o pobres, maestros o discípulos. Lo prueba la hagiografía cristiana.

Santa Juana de Arco, pastorcita ignorante de Donremy, confundía a sus jueces por la sagacidad con que respondía a las argucias teológicas que utilizaban para inducirle a proposiciones erróneas y así justificar su condena a muerte.

San Clemente María Hofbauer, en el siglo XIX, humilde trabajador manual, que asistía por gusto a las clases de teología de la ilustre Universidad de Viena, distinguía en uno de sus maestros el fermento maldito del jansenismo que escapaba a la percepción de todos sus discípulos y de otros profesores.

"*Gracias os doy, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque escondisteis estas cosas a los sabios y entendidos y las revelasteis a los pequeñitos*" (Lc. X, 21).

Para tener un pueblo firme y consecuente en su fe, no es necesario que hagamos un pueblo de teólogos. Basta que cada cual ame entrañablemente a la Iglesia, se instruya en las verdades reveladas, en proporción a su nivel de cultura general, y posea las virtudes de pureza y humildad necesarias para verdaderamente creer, entender y saborear las cosas de Dios.

Del mismo modo, para tener un pueblo verdaderamente puro, no es necesario hacer de cada fiel un moralista. Bastan los principios fundamentales y los conocimientos básicos para la vida corriente, dictados en gran parte por una conciencia cristiana bien formada. Por esto vemos muchas veces personas ignorantes con criterio, prudencia y elevación de alma mayores que muchos moralistas de consumado saber.

Lo que acabamos de decir de la perseverancia de una persona, se aplica igualmente a la perseverancia de los pueblos. Cuando la población de una Diócesis posee la integridad del espíritu católico está en condiciones de enfrentarse, auxiliada por la gracia de Dios, con las tormentas de la impiedad. Mas si no la posee, sino que ni aun las personas habitualmente tenidas por piadosas procuran y aprecian esta integridad, ¿qué se puede esperar de tal población?

Leyendo la historia no se comprende cómo ciertos pueblos, dotados de una jerarquía numerosa y culta, de un clero docto e influyente, de instituciones de enseñanza y caridad ilustres y ricas, como en la Suecia, en la Noruega, en la Dinamarca del siglo XVI, pudieron resbalar de un momento a otro de la profesión plena y tranquila de la fe católica hacia la herejía abierta y formal, y esto casi sin resistencia y casi imperceptiblemente. ¿Cuál es la razón de tamaño desastre? Cuando la fe vino a caer en estos países, no pasaba ya en la mayor parte de las almas de fórmulas exteriores, repetidas sin amor, sin convicción. Un simple capricho real, por tanto, bastó para tumbar el árbol frondoso y secular. La savia ya no circulaba hacia mucho por las ramas ni por el tronco; ya no había en esas regiones espíritu de fe. Fué lo que comprendió con lucidez angélica San Pío X en su lucha vigorosa contra el Modernismo. Pastor clementísimo iluminó la Iglesia de su Dios con el brillo suave de su celestial mansedumbre. No tembló al denunciar los autores del error modernista dentro de la Iglesia y señalarlos a la execración de los buenos con estas vehementes palabras: "*No se apartará de la verdad quien os tenga (a los modernistas) como los más peligrosos enemigos de la Iglesia*" (Enc. "Pascendi").

Podemos aquilatar cuánto dolió al dulcísimo Pontífice el empleo de tanta energía. Mas sus contemporáneos no dudaron en reconocer que había prestado con esto un insigne servicio a la Iglesia. Por esto, el gran Cardenal Mercier afirmó que si en tiempo de Lutero y Calvino la Iglesia hubiese contado con Papas del temperamento de Pío X, la herejía protestante no hubiera conseguido desligar de la verdadera Iglesia una tercera parte de Europa.

Por todos estos motivos, amados hijos, ved qué importante es cuidar con el mayor celo de mantener en la plenitud de la fe y del espíritu de fe a los fieles de la Santa Iglesia.

* * *

Enseñad también cómo se engañan los que suponen que el tiempo y los esfuerzos empleados en purificar la fe de los fieles son, por decirlo así, robados a los infieles. Ante todo, por vuestro ejemplo y vuestras palabras, podéis probar que una actividad de ningún modo es incompatible con la otra, *“oportet hace facere et illa non omittere”*.

Además, la integridad de la fe produce en los católicos tantos frutos de virtud y tornan tan vivo en la Iglesia el buen olor de Jesucristo, que atraen eficazmente para Ella a los infieles, por lo que el bien hecho a los fieles de la Iglesia, aprovechará forzosamente a los que están fuera del redil.

Por fin, uno de los frutos del fervor en la fe, será necesariamente el celo apostólico.

Multiplicar los apóstoles, ¿qué es sino beneficiar a los infieles?

Así, pues, no podemos aceptar este divorcio entre el tiempo consagrado a los fieles y a los infieles, como si Nuestro Divino Salvador, al formar apóstoles y discípulos, estuviese beneficiando un grupo de privilegiados, descuidando la salvación del resto de la humanidad.

* * *

Anímeos a proceder así el ejemplo luminoso del Vicario de Cristo. Ningún Papa, tal vez, haya tenido que enfrentarse con tantos y tan poderosos enemigos fuera de la Iglesia. Con todo, no ha descuidado él *los errores que pululan entre los fieles*. (Enc. *“Mystici Corporis”*. A. SS. 35, pág. 197.) Y contra ellos nos ha prevenido en una serie de documentos como la Encíclica *“Mediator Dei”*, la Constitución Apostólica *“Bis Saeculari die”*, la Encíclica *“Humani Generis”*, y, últimamente, la *“Alocución a las Religiosas”* (y la Encíclica sobre la Virginitad), en que responsabiliza en larga medida, por la disminución de las vocaciones, a ciertos escritores católicos, eclesiásticos y seculares, que falsean la doctrina católica en cuanto a la elevación del celibato sobre el estado matrimonial. Y más particularmente cuanto al Brasil, el celo de la Santa Sede con relación a los problemas internos de la Iglesia, bien se manifiesta en la carta de la Sagrada Congregación de Seminarios y de Universidades, cuya lectura atenta os recomendamos mucho.

Esforzándoos por mantener entre los fieles el espíritu tradicional de la Santa Iglesia, debéis velar porque éste no se desvíe de su sentido legítimo. En la presente Pastoral consideramos las exageraciones del espíritu de conciliación con los errores de nuestra época. A esta mala tendencia puede oponerse un error simétrico y contrario. Importa mostrar cuál sea. No recelamos propiamente la exageración del espíritu tradicional, porque este espíritu es uno de los elementos esenciales de la mentalidad católica al que acertadamente se llama el sentido católico, pues el sentido católico es, en sí mismo, la excelencia de la virtud de la fe.

Recelar que alguno tenga demasiado sentido católico es recelar que tenga una fe demasiado excelente. Lo que im-

porta evitar es que este espíritu de fe sea mal entendido, resultando más un apego a la mera forma, a la mera apariencia, al mero rito, que al espíritu que anima y explica la forma, la apariencia y el rito. Exageraciones de esta naturaleza son posibles; sin embargo, no merecen en vuestra vigilancia un lugar tan saliente como la propensión exagerada a lo nuevo, a una aversión sistemática de lo tradicional. Es lo que sabiamente hizo sentir la Sagrada Congregación de Seminarios en su Carta al Episcopado Brasileño: *“El peligro más urgente hoy no es el de un apego excesivamente rígido y exclusivo a la tradición, sino principalmente el de un gusto exagerado y poco prudente por cualquier novedad que aparezca”* (A. A. S. 42, pág. 837).

Y la Sagrada Congregación agrega con claridad: *“Es ciertamente al snobismo de novedades a lo que se debe el pulular de errores ocultos bajo una apariencia de verdad y muy frecuentemente con una terminología pretenciosa y oscura.”* (Ibid., pág. 839).

Un ejemplo de la mala comprensión del espíritu tradicional, puede apuntarse en el arcaísmo a que hace referencia el Santo Padre Pío XII en la Encíclica *“Mediator Dei”*. Por un apego excesivo al rito y a la forma antiguos sólo por antiguos, ciertos liturgistas pretenden restaurar el altar en forma de mesa y otras prácticas de la primitiva Iglesia. Como si a lo largo de la historia el espíritu de la Iglesia no pudiese manifestarse en nuevas formas y nuevos ritos acomodados a las diversidades de los tiempos y de los lugares. Los extremos se tocan y las exageraciones más opuestas entre sí, fácilmente se coaligan contra la verdad.

El peligro de este espíritu tradicional mal entendido, lo encontramos muchas veces en los propios autores de novedades, como Lutero, Jansenio, los promotores del falso Concilio de Pistoia, y aun los modernistas en este siglo.

* * *

Explicad bien, amados cooperadores, a los fieles encomendados a vuestra custodia, el origen de estos errores. De un lado nacen ellos de la propia flaqueza de la naturaleza humana caída. La sensualidad y el orgullo levantaron siempre y levantarán hasta el fin de los siglos la rebelión de ciertos hijos de la Iglesia contra la doctrina y el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo. Ya San Pablo advertía a los primeros cristianos contra aquellos que en medio de ellos *se levantarían para profesar doctrinas perversas con la intención de arrastrar en pos de sí a los discípulos.* (Act. XX y XXX), *“vanos habladores y seductores.”* (Tito, 1, 10); *“que irán de mal en peor, errando y haciendo errar a los otros.”* (2 Tim., V, 13). Algunos, parece que piensan que en estos últimos siglos el progreso de la Iglesia es tal que no se debe temer ya más que se repitan en ella las crisis lanzadas por el orgullo y por la lujuria. Entretanto, para no recurrir sino a ejemplos muy recientes, el Santo Padre Pío X declaró en la Encíclica *“Pascendi”*, que autores de errores como estos de que hablamos, no sólo eran frecuentes en su tiempo sino que serían más frecuentes a medida que se caminase hacia el fin de los tiempos. Y, en efecto, en la Encíclica *“Humani Generis”*, el Santo Padre Pío XII lamenta que *“no faltan hoy los que, como en tiempos apostólicos, amando la novedad más de lo que sería lícito, y también temiendo que les tengan por ignorantes de los progresos de las ciencias, intentan sustraerse a la dirección del magisterio sagrado, y por ese motivo se encuentran en peligro de apartarse insensiblemente de la verdad revelada y de hacer caer a otros consigo en el error”* (A. A. S., 42, pág. 564).

Este es el origen natural de los errores y de las crisis de que nos ocupamos. Importa, sin embargo, considerar no sólo las deficiencias de la naturaleza caída, sino también la acción del demonio.

A éste fué dado hasta el fin de los siglos el poder de tentar a los hombres en todas las virtudes y, por consiguiente, también en la virtud de la fe, que es el propio fundamento de la vida sobrenatural. Así, es claro que hasta la consumación de los siglos la Iglesia está expuesta a los internos brotes del espíritu de la herejía, y no hay progreso que la inmunice de modo definitivo contra este mal.

Cuánto se empeña el demonio en provocar tales crisis, superfluo es demostrarlo.

Así, el aliado que él consigue implantar dentro de las huestes fieles, es su más precioso instrumento de combate. La experiencia de nuestros días nos enseña que la quinta columna supera en eficacia a los más terribles armamentos. Formado en los medios católicos el tumor revolucionario, las fuerzas se dividen, las energías que debían ser empleadas enteramente en la lucha contra el enemigo exterior, se gastan en las discusiones entre hermanos. Y si, para evitar tales discusiones, los buenos cesan en la oposición, mayor es el triunfo del infierno, que puede, en el interior mismo de la ciudad de Dios, implantar su estandarte y desenvolver rápida y fácilmente sus conquistas. Si el infierno dejase de intentar en cierta época maniobra tan lucrativa, sería el caso de decir que esa época el demonio habría dejado de existir. Este es el doble origen natural y preternatural de las crisis internas de la Iglesia.

* * *

Como veis, estas dos causas son perpetuas y perpetuo será su efecto. En otros términos, la Iglesia tendrá que sufrir siempre la embestida interna del espíritu de las tinieblas. Para esclarecimiento de vuestro apostolado, importa recordar las tácticas que él adopta. A fin de que su acción se conserve oculta, la hace disfrazada. El embuste es la regla fundamental de quien obra a ocultas en el campo del adversario. El demonio sopla, pues, para llegar a su fin, un espíritu de confusión que seduce a las almas y las lleva a profesar el error, hábilmente disimulado con apariencias de verdad.

No creáis que en esta lucha el adversario lanzará sentencias claramente contrarias a las verdades ya definidas.

Sólo lo hará cuando se juzgue enteramente señor del terreno. Las más de las veces hará pulular o germinar errores ocultos bajo su apariencia de verdad... con una terminología pretenciosa y oscura (Carta de la Sagrada Congregación de Seminarios al Episcopado Brasileño, A. A. S. 42, pág. 839).

Y la manera de extender este brote de errores, será velada e insidiosa. El Santo Padre Pío XII, la describe así:

"Estas nuevas opiniones, ya nazcan de un reprochable afán de novedad, ya de una causa laudable, no son propuestas siempre en el mismo grado, con igual claridad y con las mismas palabras, ni siempre con un consentimiento unánime de sus autores; en efecto, lo mismo que hoy es enseñado por algunos más encubiertamente y con ciertas cautelas y distinciones, mañana será propuesto por otros más audaces con claridad y sin moderación, no sin escándalo de muchos, principalmente del clero joven, ni sin detrimento de la autoridad eclesiástica. Y si se suele obrar con más prudencia en los libros impresos para el público, se habla ya con mayor libertad en los opúsculos privadamente distribuidos, en las lecciones y en los círculos de estudio. Tales opiniones no se divulgan solamente entre los miembros del clero secular y regular en los seminarios y en los institutos religiosos, sino aun entre los seglares, especialmente entre los que se dedican a la educación e instrucción de la juventud". (Enc. "Humani Generis", A. A. S., 42, pág. 575.)

Así, pues, no os debéis asustar si algunas veces fueseis de los pocos en distinguir el error en proposiciones que a muchos parecerán claras y ortodoxas o, por lo menos, con-

CATOLICISMO ESPAÑOL

«Escritores extranjeros, y los españoles que repiten el eco, han buscado un refugio a la doctrina pontificia, renovando los gastados epítetos de la época liberal. Nos apellidan intransigentes, desorientados, herméticos al progreso... Admitirán quizá lo de Obispos; no lo que tenemos de españoles; se avendrían con el catolicismo, pero les da en el rostro lo que llaman el catolicismo español.

»Se ha difundido bastante este sofisma, y nos creemos en la obligación de examinarlo y demostrar su inconsistencia, no por lo que atañe a nuestras modestas personas, sino por defender el magisterio de la Iglesia.

»Ese sofisma en realidad lo ha refutado el Papa... cuando aludía al propio talento y a la mentalidad moderna, como únicas fuentes-ajuicio de los sofistas-del verdadero método científico. Por nuestra parte no haremos comparaciones. Pero cuando la Iglesia de España envía miles de misioneros, que llevan la luz de la fe y el nombre mil veces amado de la Patria a las regiones más lejanas, ¿cómo se la puede juzgar por trasnochada y estéril?, cuando tantas instituciones religiosas o simplemente católicas sostienen con sus medios y con su consagración personal un número tan grande de casas para enfermos, ancianos y niños, ¿quién explicará esta caridad ardiente por la cerrazón y el hermetismo?»

De la Carta Pastoral de los Rvdmos. Metropolitanos españoles sobre «El Magisterio de la Iglesia». 1955.

fusos, pero susceptibles de buena interpretación. O, si os encontraseis en ciertos ambientes donde las medias tintas sean hábilmente dispuestas para que se difunda el error, pero se dificulte el combate.

La táctica del adversario fué calculada precisamente para colocar en esta posición embarazosa a los que se le opusiesen. Con esto, él atraerá a veces contra vosotros hasta la antipatía de personas que no tienen la menor intención de favorecer el mal. Os tacharán de visionarios, de fanáticos, tal vez de calumniadores. Eso fué precisamente lo que dijeron en Francia contra el Santo Padre Pío X los acérrimos seguidores del "Sillón" y de Marc Saugnier.

¿Por miedo a estas críticas retrocederéis delante del adversario? ¿Dejaréis abiertas las puertas de la Ciudad de Dios?

Por cierto, debéis evitar con cuidado delante de Dios cualquier exageración, cualquier precipitación y cualquier juicio infundado. Pero igualmente debéis gritar, siempre que el adversario, vestido de piel de oveja, se presente delante de vosotros, sin cederle una pulgada de terreno por miedo a que él os impute excesos de los que vuestra conciencia no os acusa. Obrando así obedeceréis a las expresas normas del Santo Padre.

En todos los documentos que ha publicado relativos a este asunto, el Romano Pontífice gloriosamente reinante viene recomendando a los Obispos y a los sacerdotes de todo el orbe, que instruyan diligentemente a los fieles para que no se dejen engañar por los errores que ocultamente circulan entre ellos. La instrucción deseada por el Santo Padre ha de ser preventiva y represiva.

No juzgue un sacerdote en cuya parroquia el error parezca que no ha penetrado, que está dispensado de trabajar. Dado el engaño en que se desenvuelven estos errores, teniendo en cuenta los procesos de difusión, a veces casi impalpables, de que se sirven sus autores, pocos son los párrocos que pueden tener la certeza de que todas sus ovejas están inmunizadas. Además, el buen Pastor no se contenta con remediar, sino que está gravemente obligado a prevenir.

No seamos como el hombre de quien nos habla el Evan-

gelio, el cual dormía mientras el enemigo sembraba la zizaña en medio de su trigo. La simple obligación de prevenir justificaría los esfuerzos que empleéis en este sentido.

Los errores de que nos ocupamos tal vez tendrán mayor intensidad en un país que en otro; sin embargo, su difusión en el orbe católico, es bastante grande para que el Santo Padre se haya cuidado de ellos en documentos dirigidos, no a ésta o aquélla nación, sino a los Obispos de todo el mundo.

Pues vivimos hoy en un mundo sin fronteras, en el cual el pensamiento se extiende veloz por la prensa, y, sobre todo, por la radio, hasta los últimos extremos de la tierra. Una sentencia falsa que se ha sostenido, por ejemplo, en París, puede en el mismo día ser oída y captada en los centros más distantes de Australia, de India o de Brasil. Y si algún lugar pequeño hay, en el cual la mucha ignorancia o el grande atraso opone obstáculos a la penetración de cualquier pensamiento falso o verdadero, nadie podrá incluir en este caso a los centros más poblados de nuestra amadísima Diócesis, al frente de los cuales se halla nuestra ciudad episcopal, ilustre en todo el Brasil por el valor cultural de sus hijos, por la influencia decisiva que siempre se glorió de ejercer en el escenario político nacional.

* * *

Ahora, una palabra sobre el método que adoptamos. En su carta al Episcopado Brasileño la Sagrada Congregación de Seminarios habló de una plaga de errores; y como, en efecto, son muy numerosos, una explanación y censura en forma discursiva de los principales sería excesivamente larga. Preferimos, pues, la forma esquemática. Y así elaboramos un pequeño catecismo de las verdades más amenazadas, acompañada cada cual del error opuesto, y de un rápido comentario. Por mera conveniencia de exposición, hacemos anteceder la sentencia falsa a la verdadera, pero vuestro esfuerzo en denunciar el error debe llevar a cada fiel al conocimiento exacto de la verdadera enseñanza de la Iglesia.

Sólo así habremos hecho una obra positiva y durable.

* * *

Una observación final acerca del modo en que vienen enunciadas en el Catecismo las sentencias falsas o peligrosas. Procuramos exponerlas con la mayor fidelidad, sin quitarles las apariencias y hasta las partes de verdad que encierran. Sólo así sería útil el Catecismo, porque sólo así se dan a conocer los modos de decir en que el error suele ocultarse y las apariencias con que procura atraer las simpatías de los buenos. Pues lo más importante en esta materia, no consiste en probar que cierta sentencia es mala, sino que cierta doctrina falsa está contenida en ésta o en aquélla fórmula de apariencia inofensiva y hasta simpática. Por esto también, repetimos diversas fórmulas más o menos equivalentes.

Es que tratamos de atraer vuestra atención hacia algunas fórmulas en que el mismo error puede ocultarse. No siempre incluímos entre las proposiciones meras tesis doctrinales. Encontraréis también, formuladas en proposiciones, maneras de obrar directamente provenientes de la falsa doctrina.

Como es fácil ver, tuvimos la preocupación de seguir el consejo del Apóstol: *"Probad todas las cosas y conservad lo que es bueno."* (Tess. V, 21).

Por esto, en las refutaciones deseamos señalar en toda su extensión la parte de verdad que las tendencias impugnadas tienen. Es que la Iglesia es Maestra paciente y prudente, que condena con pesar y que considera patrimonio suyo cualquier verdad, dondequiera que se encuen-

tre. Conviene acentuar este punto. Las verdades aquí recordadas no son patrimonio, ni son propiedad de ninguna persona, grupo o corriente.

La ortodoxia es un tesoro de la Iglesia, del cual todos deben participar y del cual ninguno tiene el monopolio; por esto nuestros amados cooperadores, al difundir las enseñanzas que aquí se encuentran, preséntenlas siempre como son en realidad: fruto maduro y exclusivo de la sabiduría de la Santa Iglesia.

No es difícil observar que estos errores en su mayor parte manifiestan en términos que parecen correctos, doctrinas que alcanzaron la mayor influencia en el mundo actual y que constituyen los rasgos típicos del neopaganismo moderno: el evolucionismo panteísta, el naturalismo, el laicismo, el igualitarismo absoluto que se levanta en la esfera político social contra todas las autoridades legítimas, y en la esfera religiosa intenta suprimir la distinción establecida por Jesucristo entre la Jerarquía y el pueblo fiel, clérigos y seglares. Son éstas, amadísimos hijos y queridísimos cooperadores, las proposiciones hacia las cuales deseamos llamar vuestra atención. Para mayor éxito de vuestro trabajo, las hemos hecho acompañar de directrices prácticas, que encontraréis en la segunda parte de este Catecismo.

En nuestra Pastoral no tuvimos la pretensión de exponer toda la doctrina católica sobre el asunto, sino apenas algunas observaciones más oportunas. Vuestra diligencia, amados hijos, completará en las fuentes a vuestro alcance lo que aquí no pudimos exponer. De modo particular recomendamos la lectura de las Encíclicas "Pascendi", "Mystici Corporis Christi", "Mediator Dei", "Humani Generis", la Carta Apostólica "Notre Charge apostolique", la Constitución apostólica "Bis saeculari Die", la Exhortación al Clero "Menti Nostrae", y las Alocuciones y Radiomensajes Pontificios, especialmente los radiomensajes en las vísperas de Navidad, el radiomensaje del 23 de marzo de 1952 sobre la "Moral Nueva" (A. A. S., 42, pág. 270 y ss., "Catolicismo", núm. 18, junio 1952); el radiomensaje al "Katholikentag de Viena" ("Catolicismo", núm. 24, diciembre 1952); las alocuciones a la Asociación Católica de Trabajadores de Italia (A. A. S., 40, 331 y ss.); a los delegados del Congreso Internacional de Estudios Sociales, reunido en Roma en 1950 (A. A. S., 42, página 451 y ss.); a los miembros del IX Congreso Internacional de las Asociaciones Patronales Católicas (A. A. S., 41, pág. 283 y ss.); a los miembros del Congreso Internacional del Movimiento Universal para una Confederación mundial (A. A. S., 43, página 278; "Catolicismo", núm. 8, agosto de 1951); a la Acción Católica Italiana y Congregaciones Marianas, el 3 de abril de 1951 (A. A. S., 43, pág. 375; "Catolicismo", número de junio de 1951); con ocasión de la clausura del Congreso Internacional del Apostolado seglar (A. A. S., 43, páginas 784 y ss.; "Catolicismo", núm. 12, diciembre 1951); a la Asociación de Padres de Familia Franceses (A. A. S., 43, pág. 730 y ss.; "Catolicismo", núm. 13, de enero 1952); a los participantes del Congreso de la Unión Católica Italiana de Comadronas (A. A. S., 43, pág. 835); a las Superiores Generales de las Órdenes y Congregaciones religiosas ("Catolicismo", núm. 23, de noviembre de 1952). Recomendamos también la Carta de la Congregación de Seminarios al Episcopado Brasileño (A. A. S., 42, pág. 836 y ss.); documento importante y equilibrado que trata especialmente de este problema existente en el Brasil.

La palabra del Santo Padre siempre es benéfica y eficaz, en el sentido de elevar el alma y orientarla en la vida moral y espiritual.

Resaltamos los anteriores documentos porque específicos y esclarecen muchos puntos en el orden social, político y moral, que habían sido oscurecidos a consecuencia especialmente del último conflicto.

(Continuad)

MUSICA Y LITURGIA

II *

El arte litúrgico

Pero el modelo supremo de la síntesis cristiano-romántica de las artes es el arte litúrgico. Estudiemos un poco la naturaleza de su música. Nació en las catacumbas, entre tormentos de mártires y júbilos de fe, cuando sobre las amplias corrientes de los modos musicales griegos se pronunció la fórmula sagrada del texto evangélico, quedando con tal bautismo cristianizada la pagana cultura musical. Desaparecieron los ritmos de danza y los modos sensuales. Esa música es a la vez popular y originalísima; mas para iniciarse en ella, es preciso hacerse cristiano. El coro que la cantaba estaba sepultado en la tierra, pero vivía del cielo. Era un coro, como el griego, verdadero personaje del drama, pero no de un drama fingido, sino real. El que hoy cantaba, mañana moría, y el que hoy lloraba a un hermano muerto por la fe, mañana confesaba alegre esa misma fe, entre tormentos. Esa tragedia, mucho más que la aristotélica, purifica nuestras pasiones. Aquí sólo nos atemoriza el único verdadero mal, y nos conmueve el dolor de nuestro único verdadero Amigo. A esta tragedia del Calvario asistimos diariamente los cristianos: pero la fuerza del amor, como en magníficas expresiones del sagrado fuego, levantó la superficie terrestre, y aparecieron otros tantos volcanes de amor, cuantos son los templos cristianos. Fuera de ellos, la música del Kyrie, Alleluia, Pater Noster que tanto extasiaba a un Mozart, y en general toda esa música llamada gregoriana, por la recopilación que de ella hizo San Gregorio, no tiene sentido completo. La música no puede emanciparse, no puede separarse de la palabra que la inspiró. Todas las artes, en la liturgia, conspiran en orden a un fin superior. La sola sonoridad del órgano, el solo aroma del incienso, una melodía, que escuchamos ha tiempo en nuestra infancia, pueden despertar en el cerebro todo un encadenamiento de imágenes que reproduzcan el estado de una piedad primera, que haga vivir a los sentidos momentos de fingida inocencia y de fingida piedad; pero ese fingimiento, con un solo acto de cooperación a la gracia, puede trocarse en nueva y consoladora realidad. Eso no sólo es síntesis de las artes, sino síntesis de la vida. Es como una mano que nos da Dios para levantarnos a otra vida. El placer lo coloca Dios en todos los actos necesarios para la vida; y mucho más en los de la vida sobrenatural. El arte litúrgico es invención divina para facilitarnos la vida sobrenatural. Oíd a San Agustín: "Es obra del Espíritu Santo, que, viendo cómo nuestra naturaleza resiste a la virtud y se inclina al placer mundano, mezcla la fuerza de su doctrina con agradables tonos musicales, para que, al mismo tiempo que la música acaricia nuestro oído, sea sembrada en nuestros corazones la divina semilla. El salmo es la tranquilidad de las almas, es bandera de paz, es freno del inquieto pensamiento, lanza de nosotros la lujuria, nos enseña la sobriedad y pacífica a los enemigos. Porque ¿cómo podríamos llamar enemigo al que unió su voz con la nuestra en la divina alabanza? Los salmos embellecen nuestras fiestas y hacen brotar lágrimas del corazón más empedernido. Son obra de ángeles y como un perfume espiritual de los ejércitos celestiales. ¡Qué habilidad verdadera divina la de nuestro admirable Maestro, que nos hace aprender cantando lo que es saludable a nuestra

alma! Porque, indudablemente, queda mucho más grabado en nuestra mente lo que se aprendió con gusto y amor".

Permitidme que siga yo glosando este pensamiento: cantando, aprenden los niños las tablas de la Aritmética; y cantando aprenden los hombres las tablas de la divina Ley. Solamente los que se hacen como niños, entran en el reino de los cielos; y solamente los que cantan como niños para aprender, y no como hombres para lucirse, son los que entran en la antesala del cielo, que es lo que viene a ser el arte litúrgico. El templo es entonces el resonador del Verbo eterno. En sus muros, ya sean de severas líneas clásicas, o de filigranas góticas, o de barrocas contorsiones, parecen haber cristalizado las vibraciones de todos los cantos en ellos interpretados. Tal vez nunca como de un templo, pudo decirse con más verdad que la arquitectura es la música petrificada. Plegaria es allí la música; y plegaria es también allí la piedra, con sus bóvedas audazmente dirigidas al cielo. Allí, la música es profundidad de humilde agradecimiento; y profundas son también las naves que nos conducen hasta el tabernáculo del Verbo encarnado. La música es allí derroche y expansión de caridad, que se comunica a la multitud entera de fieles; y magna expansión de amplitud, es también el templo, que acoge bajo sus alas enormes a todo el mundo cristiano. Hemos llegado a una síntesis insospechada, donde aun la misma arquitectura trascendiendo su propia naturaleza, y no se contenta con su fin utilitario, sino que se vuelve música y poesía y símbolo de la más alta espiritualidad.

Obediencia y docilidad

Tal vez os parecerá que hemos ultrapasado los límites de la estética, y que, al aconsejar con San Agustín, el aprendizaje humilde como un niño de escuela, me aproveché para predicar un sermón sobre la docilidad y la obediencia. Pero pregunto: ¿Es qué es posible al hombre dar un paso en cualquier arte sin obediencia y docilidad? ¿No aceptamos ciegamente las imposiciones de la moda en materia artística, lo mismo que en materia de vestidos? Los editores, los empresarios y críticos son los que en definitiva deciden muchas veces en las preferencias del público. ¿No es verdad que tiene una especie de infalibilidad, la fama de un autor, para que a priori lo aceptemos? ¿Cuántas obras que ahora aplaudimos fueron silbadas cuando su autor no estaba aún consagrado! Y ¿cuántas obras no nos atrevemos a silbar, porque sus autores circulan ya como gloriosos! No será, pues, denigrante para nosotros el aceptar sin prejuicios una tradición artística, tan antigua como la Iglesia que la creó.

Características de la música litúrgica

Dos características distinguen esa música, diversa de toda otra música profana. El ritmo libre, que indiferentemente combina grupos binarios y ternarios, la separa completamente de la métrica uniformidad de la danza; y con esto adquiere una suavidad y ligereza, prendas del alma casta, que no es cautiva de criatura alguna. Por otra parte, la ausencia de cromatismos le comunica serenidad; y la vaguedad tonal, propia de los antiguos, nos la presenta como omnímoda expresión de una voluntad humilde, dócil y flexible. Castidad y humildad: éstas son las características de la monodia gregoriana. Este modelo supremo

(*) Véase CRISTIANIDAD, núm. 271-272, págs. 253 y 254.



Beethoven

propone la Iglesia para toda música litúrgica. Y así como el santo, con su castidad y humildad, se apodera del corazón de los hombres, así el gregoriano, con estas mismas características, encanta al mundo musical, que instintivamente viene a beber aquí raudales de renovación melódica. Hay fragmentos de Ravel que parecen cantos litúrgicos vestidos a la moderna; y el mismo Puccini ¿qué efectos no logra en el gran público, con sus cadencias diatónicas de primer modo gregoriano? Toda la música moderna está volviendo ahora a los antiguos modos litúrgicos, para librarse de la fatal alternativa del tono mayor y menor, ya tan gastados.

Es curioso el efecto enorme que producen esas reminiscencias religiosas en el arte profano: es algo más que un puro contraste; es como una súbita aparición de un antepasado venerable, del cual procede todo el desarrollo musical moderno. De ahí el continuo recurso de la ópera a los coros religiosos y al órgano interior. Siempre un toque de Avemaría, una plegaria, una escena en el claustro, son de éxito seguro en el teatro. Ahora bien, si lo sobrenatural no estuviese necesariamente relacionado con nuestra vida, no nos causarían tan honda sensación de la realidad, esos recursos religiosos de que el arte echa mano.

La expresión de la monodia litúrgica

Pero la monodia litúrgica, no se contenta con su casto y humilde fundamento, sube a alturas de elevada expresividad. Cuando faltan ya palabras para desahogar el afecto, prolonga la última vocal en largas y emocionantes vocalizaciones, inventando el procedimiento del *jubilus*, primera manifestación de la tendencia emancipadora de la música. Y precisamente en la superabundancia de afecto, hay que buscar la razón de esos excelentes jubilus del Alleluia. No se deben al lucimiento del cantor, ni a la complacencia del público, sino a una pura necesidad expresiva, como hace el mismo Wagner al finalizar el dúo de Tristán, cuando los dos protagonistas, enajenados por su metafísico amor, prorrumpen en exaltadas vocalizaciones. En la polifonía clásica, patrimonio también de la Iglesia, es de un efecto extraordinario el empleo de esos jubilus en todas las voces. Resulta entonces una especie de canto gregoriano tratado polifónicamente. Este procedimiento

sugirió a compositores profanos la idea de componer para coro sin palabra alguna, como hace Skriabine en su poema del fuego, tratando las voces como un instrumento más de la orquesta. Debussy hace lo propio en su tercer nocturno. Y Florent Smith llega a escribir su himno al Estío para doce voces solas, sin texto alguno.

Con todo, esos ejemplos no podemos calificarlos de verdadera emancipación musical, ya que la voz humana estamos tan acostumbrados a oírla rezar, amar, lamentar o entusiasmarse, que siempre parece decirnos algo en concreto, aun cuando canta sin palabras.

Por mi parte, yo no vería inconveniente en escribir un gran himno a la Divinidad para voces solas sin palabras. ¿Qué manera más sublime de testimoniarle a Dios la unidad de nuestros corazones, que armonizando las diversas gamas de nuestras voces, aun cuando nada en concreto le digamos? Eso sería el órgano ideal, órgano vivo con fuelles vivos y registros vivos: sería todo nuestro ser que vibraría por Dios.

El órgano, instrumento litúrgico Su función en el templo

Contentémonos, no obstante, con el órgano, rey de los instrumentos, única orquesta admitida en nuestro sagrado teatro. Su timbre en cierto modo impersonal, al mismo tiempo que de una riquísima variedad, lo hace óptimo para la solemnidad litúrgica. Ese instrumento parece haber recibido, merced a su larga convivencia con el culto cristiano, una gracia de estado, para santificar lo más profano. Escuchad, si no, cuando, por desgracia, se ejecuta en nuestros órganos música profana, cómo queda ésta en cierto modo dignificada, y parece perder algo de profanidad. Así se explica que a muchas personas no les produzcan tales obras un efecto tan antilitúrgico como les deberían producir.

Oigamos ahora el papel que atribuye Wagner a su orquesta, y apliquemos luego lo mismo al órgano en el templo. En Bayreuth, se apagan las luces, en medio de un silencio religioso; y del fondo invisible de la orquesta suben las notas mágicas de Wagner. Verifícase entonces la depuración estética, que nos predispone a la plena fruición del drama. Oigamos al maestro en una bellísima comparación. En el drama, dice, la melodía debe producir en el alma una disposición semejante a la que produciría un hermoso bosque, a la puesta de sol, en el paseante que acaba de dejar los ruidos de la ciudad: esta impresión consiste en la percepción de un silencio cada vez más elocuente. Basta generalmente al fin del arte haber producido esta impresión fundamental, gobernar por ella al oyente, y disponerla a una tendencia más elevada; porque, en realidad, dicha impresión despierta espontáneamente aspiraciones superiores. El paseante del bosque, subyugado por esta impresión general, se abandona entonces a un recogimiento más duradero; sus facultades, libres del tumulto de la ciudad, adquieren un nuevo modo de percepción. Dotado, por decirlo así, de un sentido nuevo, su oído se hace más penetrante y distingue con creciente limpidez las voces de una variedad infinita, que se levantan para él en el bosque, diversificándose sin cesar. Oye lo que cree no haber oído nunca; con el número, crece también de manera extraña la intensidad; los sonidos se hacen cada vez más penetrantes; y a medida que oye mayor número de voces distintas, de modos diversos, reconoce en los sonidos la grande, la única melodía del bosque, esa misma melodía que al principio le había producido una impresión religiosa. Esa melodía dejará en él un gran recuerdo; pero no puede volverla a oír, sin volver al bosque, en una hermosa tarde, al ponerse el sol. Hasta aquí Wagner.

Según esta comparación, así como el silencio del bos-

MASONERIA

«Estos masones de provincia, a veces inofensivos y que hasta no ven incompatible el Catolicismo con la Masonería, vienen a ser los segundones de esa institución internacional que trata de monopolizar los Estados y de destruir a la Iglesia. Y decimos segundones porque hay que distinguir dos clases de Masonería: La más alta y oculta, representada por personalidades preeminentes, que nadie conoce como masones, y la ordinaria, la que actúa y se mueve en casi todas las ciudades de un modo más o menos oculto, pero a la vista. Esta segunda es una Masonería de aparato, la de las logias con sus tenidas ridículas, sus banquetes, secundada a veces por altos personajes. La gran responsable es la primera, la que da órdenes internacionales sin que nadie sepa de dónde vienen...»

De «Chaparrastique», semanario católico de El Salvador, 18 julio 1955.

que nos purifica del tumulto de la ciudad y nos permite oír la profunda melodía de la naturaleza, la música dramática nos quita toda reminiscencia de la vida vulgar, y nos predispone a la percepción de una vida superior: sólo entonces podremos comprender la acción dramática en su innumerable gradación de matices.

El órgano, pues, en el templo debe producir la misma disposición en los fieles. Debe ahuyentar todo recuerdo profano con una música que ocupe nuestro oído, pero que no le interese tanto musicalmente, que le impida la meditación del texto.

El órgano litúrgico debe cooperar exactamente a la acción del divino drama

A veces acontece en el drama musical que una mera sonoridad orquestal sitúa al oyente en el punto exacto de la acción. Así el órgano litúrgico debe cooperar exactamente a la acción del divino drama. Le bastarán, a veces, simples acordes, o una vaguedad melódica lo más cercana posible a la monodía gregoriana, para fomentar la emoción religiosa, estimulando nuestra sensibilidad a engolfarse en la trama sublime de los divinos misterios. ¡Qué lástima que una tan lógica subordinación de categorías artísticas como tiene lugar en el drama wagneriano, y que siempre la Iglesia prescribió, no se realice siempre en el espectáculo litúrgico! Claro está que la sustancia es siempre incorruptiblemente salvada; pero esos accidentes externos, que nos regala Dios como preciosas joyas de arte, no siempre son apreciados. Nos dan un arte celestial y buscamos un arte terreno.

Si Wagner de la melodía del bosque guardó el precioso secreto que le permitió evocar musicalmente de un modo maravilloso a la diosa pagana de la tierra, a la misteriosa Erda; ¿por qué nosotros no evocamos con nuestra música al Dios verdadero? No tenemos ninguna necesidad de ir al bosque en una puesta de sol; nos basta un árbol, el de la Cruz. Allí se pone el Sol divino todas las mañanas, cuando en la Misa reproducimos la muerte del Redentor, que con su mirada moribunda, apagó, antes de hora, el sol del firmamento. Junto a ese árbol, en religioso silencio, escucha el pueblo fiel voces nunca oídas, que le apartan del mundanal ruido.

Lo que debería proibirse del templo

El que se atreve entonces a cantar para lucir su voz, el que perturba la atención de una plegaria en común con un habilidoso concierto de órgano, ¿no es verdad que me-

rece que le arrojen del templo, como hizo Jesús con los vendedores? Al teatro griego iban las multitudes como a un templo, para asistir a las clásicas tragedias; y Wagner quería, también, que su teatro fuese un templo, en donde la humanidad se elevase artística y socialmente. Nosotros el templo ya lo tenemos: no vayamos, pues, a él como al teatro, con un fin de humano solaz o de pura estética. Aquí la fruición artística nos lleva a otra fruición más elevada. Dios, artista supremo, llama, por medio del arte, a sus hijos artistas. Para saborear ese concierto se necesitan reclinatorios en vez de butacas: cuanto más se cierran los ojos, más cosas se ven. Nos olvidamos de quien canta, o toca, o dirige: todos somos aquí intérpretes, como miembros de un mismo cuerpo místico. Exteriormente parecemos ejercer un arte humano; pero en realidad nuestro interior se eleva mucho a lo divino. Unas veces con el canto silábico, que aplica una nota a cada sílaba, simbolizamos la meditación normal y metódica, que desmenuza idea por idea. Otras veces prorrumpimos en colosales júbilos, que sobre el del Alleluia engarzan notas y más notas, a la manera como un alma contemplativa cesa en su meditación y vuela a las alturas de la unión divina con sólo una palabra que oyó, o un afecto que sintió. En este arte, casi sobrenatural, desarrollamos una actividad misteriosa con que cooperamos a la divina gracia. Somos plectros pulsados por el mismo Dios, según frase de San Agustín. ¡Oh, qué gran crítico de arte sagrado era ese santo artista! Él derramó muchas lágrimas oyendo los salmos. Él conocía la fuerza misteriosa de éstos para alejar el placer mundano, en el cual ese genio había vivido sumergido tantos años. Dios le quitó un placer con otro placer. La lucha fué dura; pero la victoria gloriosa y llena de enseñanzas. Podríamos decir que él, a semejanza de su divino Maestro, nos enseña también cantando; ya que toda la obra de San Agustín es una continuada sinfonía, en la que las más sublimes verdades filosófico-teológicas vienen expuestas en estilo genialmente bello.

La maravillosa síntesis de la liturgia solemne

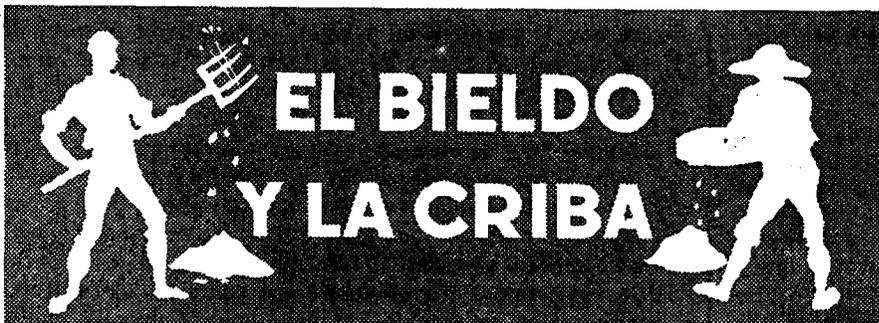
Quede, pues, a la controversia de los críticos el grado de categoría estética que pueda tener la síntesis de las humanas artes. Pero lo cierto es que la liturgia solemne, cuando con perfección se realiza, es una maravillosa síntesis, no ya de todas las artes, sino de toda la naturaleza creada que vuelve a su Creador.

Desde San Agustín hasta el gran poeta muerto recientemente Paul Claudel, convertido en París precisamente con ocasión también de asistir a nuestra liturgia gregoriana, podríamos enumerar toda una serie de almas selectas a quienes Dios, por medio del arte humano, puesto en contacto con el arte del altar, arrancó del lodo y sublimó a la eterna Ley.

ANTONIO MASSANA, S. I.



SG



Angustia y Libertad

Los hombres tendemos a conceder excesivo valor histórico al momento presente, al momento en que vivimos; pues, por lo mismo que se trata de una página de nuestra vida propia, apreciamos su trascendencia hasta en mínimos detalles; en cambio, el valor de lo que no nos afecta tan directamente, provoca en nosotros menos reacciones, menos vivencias, y consiguientemente resulta más difícil captarlo. Uno de estos casos es el ofrecido por el panorama de la angustia actual, considerada por muchos nota propia y diferenciadora del tiempo presente. Evidentemente vivimos una época angustiada (con y sin existencialismo); pero, épocas de angustia las ha habido en otros muchos períodos de la Historia; piénsese, por ejemplo, en lo que representó el terror púnico para los Romanos en tiempo de Aníbal, o la peste negra en el Medioevo, en la situación de los alemanes a raíz de la guerra de los Treinta Años, y en la del Palatinado tras las incursiones de Louvois, en la amenaza que para el mundo constituyó la ambición napoleónica y el comportamiento de sus tropas, etc., etc. Pero el hecho es que la nuestra también es una época angustiada, y para diferenciar y caracterizar su angustia, lo que importa es destacar los motivos que la causan y las razones que le son propias.

Dos factores, al menos, merecen ser destacados. Uno es de índole económica. El mundo está atravesando una fase que, en este terreno, dista bastante de ser ideal. Hay una crisis de adaptación a un nuevo sistema, a unas nuevas necesidades que crea bastantes problemas. A mayor abundamiento, la crisis de adaptación se ve agravada por un aumento de consumidores más rápido en estos momentos que el aumento de medios de producción, así como por los desórdenes ocasionados por las guerras y los subsiguientes estados de crisis políticas.

También interviene otro elemento de índole más sutil. Nuestro siglo, por influencia de la democracia, tiende cada día más a desarrollar la libertad individual en el terreno político. Pero la libertad implica responsabilidad, o

al menos necesidad de optar por uno mismo, lo cual expone a sufrir las consecuencias de un error, de una opción equivocada. De ahí que no todo el mundo se sienta con la suficiente capacidad, energía o voluntad para hacer uso de esa libertad que el liberalismo (en contradictoria discordancia con sus postulados básicos) le aboga a ejercitar, quíeralo o no, al dejarle sin el amparo de la protección estatal, es decir, social organizada públicamente, como consecuencia del inhibicionismo del Estado por el que aboga aquella doctrina. De ahí que el panorama contemporáneo sea tan distinto del medieval y del de los comienzos de la Edad Moderna, donde el principio de protección tenía tanta importancia o más que el de autodeterminación, mitigando sus posibles fallos. Entonces el individuo podía ser amparado por el gremio en la ciudad y el señor feudal en el agro. La Iglesia en ambos territorios hacía de tercera fuerza, haciendo así posible una labor de templanza de las decisiones de las otras dos, y por tanto constituyendo un elemento de posible supervisión de desmanes.

El liberalismo apreció (aunque desenfocándolos) ciertos rasgos del estado social de antaño necesitados de enmienda y también advirtió acertadamente que la libertad es un valor. No es este el momento para determinar si nos hallamos ante un valor puro o si lo resulta por las finalidades axiológicas que coadyuva a atender. Ahora bien, es evidente que, en este Valle de Lágrimas, la realizabilidad de los imperativos de la libertad no es absoluta, y este hecho (por más evidente que sea, por más que lo confirme la experiencia cotidiana, por más que lo podamos advertir constantemente en la naturaleza de los humanos que pisan este planeta, en la determinación de sus posibilidades y del límite de éstas, a pesar de todo esto) el liberalismo lo ha echado en olvido. La libertad como valor ha de relacionarse con otros factores: imperativos de otros valores y posibilidades humanas de actuación (1). En último término

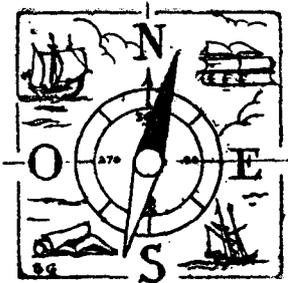
(1) Véase J. Miret Monsó, *El hombre y sus límites personales*, Barcelona, 1949.

(y en grado menos exagerado que sus discípulos los anarquistas libertarios), los liberales han incurrido en similar error de apreciación de la naturaleza humana y de su capacidad de obrar. Por esta razón, incluso en el caso de que ciertas tesis características del liberalismo fueran doctrinalmente deseables (lo que es mucho conceder) serían prácticamente inadmisibles. Es el caso del problema aquí comentado.

Si la libertad política fuera un bien (problema al margen de lo aquí estudiado) ello no bastaría para que resultara beneficioso plasmarla en leyes positivas. Se precisaría además que los favorecidos por tal beneficio fueran capaces de sacarle provecho, de hacer buen uso de él. Esta condición ha sido muy poco tenida en cuenta por el liberalismo. Empero, una de las condiciones fundamentales para hacer buen uso de la libertad es poseer la capacidad necesaria para autodictarse normas de actuación social; y no todos poseemos en grado suficiente esta capacidad. Quienes carecen de ella, lógicamente han de optar por dos caminos: si tienen sentido social (diríamos gregario si no temiéramos el uso de este vocablo de sentido algo equívoco) se han de hundir en el anonimato de la masa, buscando en él amparo a su incapacidad autonormativa. Como, al mismo tiempo, y a consecuencia de la boga del ideario liberal, la masa se siente "pueblo soberano", fácilmente se comprende la trascendencia del hombre-masa en la marcha actual de ciertos pueblos. Así, pues, la exaltación del "hombre sencillo", con todo lo que significa esta imagen en las propagandas liberales, es una forma como otra de rehuir en la práctica, las consecuencias del liberalismo, se sustituye la autoridad concreta por la norma inconcreta de la masa. La naturaleza reclama sus fueros frente a errores que, por serlo, por un lado u otro han de abrir una vía de agua. Peor es aún la suerte de quienes ni tan sólo tienen ese sentido colectivo. Faltos del amparo que poseen los anteriores, no quedándoles la solución de "sentirse como sus semejantes", se comprende, como destacaba recientemente el profesor Sarro, que aboquen a la angustia. Este tipo de angustia es precisamente distintivo de nuestros tiempos "libres".

Ante este espectáculo no podemos menos que admirar la sabiduría de la Iglesia condenando al liberalismo. No se puede patear impunemente la enseñanza de San Pablo sobre el origen del poder político, y lo que es maligno lo ha de resultar al menos en alguno de sus efectos, que por un lado u otro han de aflorar.

JAIME LLUIS Y NAVAS



CRÓNICA POLÍTICA MENSUAL

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Eisenhower y Foster Dulles frente a frente - El judío Borlenghi y la persecución en la Argentina - Molotov no contesta dos interesantes preguntas - Norteamérica compra municiones en España - Nerhu, el «pacifista»... y el diplomático - EL PAPA ENVIA UN TELEGRAMA AL GENERAL PERON - El problema alemán y la Conferencia de Ginebra.

Del 21 al 30 de junio

EISENHOWER Y FOSTER DULLES FRENTE A FRENTE

Eisenhower y Molotov se han entrevistado por primera vez en diez años. El motivo fue la breve recepción que se dio en honor del Presidente norteamericano al terminarse en San Francisco la sesión de apertura de la reunión conmemorativa del décimo aniversario de la fundación de las Naciones Unidas.

Nos hallamos en un ambiente de distensión total, preparando a toda marcha la próxima Conferencia de Ginebra. Los ministros de Asuntos Exteriores de las cuatro grandes potencias han aprovechado las fiestas conmemorativas para discutir el procedimiento que habrá de seguirse en dicha Conferencia. El comunicado de dicha reunión es en extremo oscuro: «Hubo un cambio de opiniones, útil, con respecto a los preparativos de procedimiento en la próxima reunión de los cuatro jefes de Gobierno», aunque el ministro británico, MacMillan, aseguró más tarde que Molotov se había mostrado muy razonable.

Entre tanto, un nuevo avión estadounidense acaba de ser derribado por los bolcheviques. Ese «penoso incidente», como se le califica en Washington, ha puesto un contrapunto sombrío al optimismo casi general que reina en la Casa Blanca y en el Capitolio. Pero ya Molotov ha ofrecido a Foster Dulles una indemnización, lo que se considera en general como reparación suficiente para que no padezca la prevista Conferencia en la sede ginebrina de la ONU.

No obstante, el secretario de Estado norteamericano acaba de precisar varios puntos concretos de fricción que sería necesario eliminar para llegar a un verdadero entendimiento entre el mundo democrático y el bloque soviético. Refiriéndose a los países satélites, habló de las naciones que poseen «una larga y orgullosa historia de existencia nacional y que se encuentran en régimen de servidumbre». Acusó al régimen comunista chino de agresor en Corea y en Indochina, y afirmó que la «antinatural división» de Alemania constituye «una grave injusticia». Estas declaraciones, hechas en plena Asamblea de la ONU, no garantizan precisamente un éxito decisivo de la Conferencia de Ginebra.

No sería ésta, sin embargo, la primera vez que Eisenhower y Foster Dulles no andan demasiado de acuerdo.

¿Cuál de los dos estadistas norteamericanos impondrá su criterio en las reuniones ginebrinas?

EL JUDÍO BORLENGHI Y LA PERSECUCIÓN EN LA ARGENTINA

La agencia EFE ha dado varias noticias sobre la persecución religiosa en la Argentina. Nos limitamos a reproducir aquí algunas de las más significativas:

«Las fuerzas de la Marina argentina que continúan sublevadas contra el Gobierno del presidente Perón han presentado, como condición para deponer las armas, la inmediata destitución del ministro del Interior, Borlenghi, y manifiestan que fue un sobrino de este ministro quien quemó la bandera argentina en el Congreso. Aseguran, asimismo, que esta quema se realizó una vez terminada la manifestación católica que se celebró el sábado último anterior al levantamiento, de acuerdo con la Sexta Comisaría de Policía y por instigación del ministro Borlenghi.»

«Después de la quema de las iglesias y asalto de los edificios de religiosos, una parte de los conventos de esta capital han sido abandonados por las órdenes religiosas que los habitaban.»

«Han sido puestos en libertad más de cien religiosos españoles, entre los que se encuentra el Rector de los agustinos, P. Ibeas.»

«El Cardenal Luque, Primado de Colombia, ha dispuesto que en todas las iglesias y capillas del país se eleven oraciones al Sagrado Corazón de Jesús «para cesen los males que afligen a los católicos argentinos, y por las necesidades generales de aquella noble nación.»

«El Palacio arzobispal, que fue incendiado durante los sucesos de la semana pasada, ha sido devuelto a la Jerarquía eclesiástica por orden de un juez.»

MOLOTOV NO CONTESTA DOS INTERESANTES PREGUNTAS

Un periodista preguntó a Molotov en San Francisco «si habría alguna suaviza-

ción en las leyes soviéticas de emigración de forma que los judíos que residen en la Unión Soviética pudieran salir de Rusia para asistir a la reunión sionista de Palestina.

«—De esta pregunta — contestó Molotov — podría ocuparse mejor el apropiado representante.»

Por otra parte, el ministro soviético eludió contestar a otra pregunta que se le hizo «acerca del estado en que se encuentran los judíos en la URSS.»

Del 1 al 10 de julio

NORTEAMÉRICA COMPRA MUNICIONES EN ESPAÑA

Una noticia fechada en Heidelberg por la agencia EFE, dice:

«Según ha sido hecho público, representantes del Ejército norteamericano en Europa han adjudicado al Gobierno español la fabricación de municiones por valor de millón y medio de dólares (sesenta millones de pesetas), en virtud de un contrato de compras realizado bajo el programa de ayuda para la defensa mutua.

«El importe total de las adquisiciones hechas en España por el Ejército norteamericano de Europa, se eleva ya a una cifra aproximada a los 12.300.000 dólares (492.000.000 de pesetas).»

NERHU, EL «PACIFISTA»... Y EL DIPLOMÁTICO

En una crónica fechada en Roma por Julio Moriones, se habla de la conferencia

COMUNISTAS EN EL «NEW YORK TIMES»

De una crónica de Rodrigo Royo desde Nueva York:

«Lo que le gustaría saber aquí a mucha gente es esto: ¿Cuántos antiguos miembros del partido comunista forman hoy en las bien nutridas filas de la Redacción de "New York Times"? y no se les diga a los que esto preguntan que son tendenciosos o insidiosos porque la verdad es que hasta ahora nadie tenía la menor idea de que en el "New York Times" hubiese ex comunistas como redactores, y de pronto aparece uno, Charles Grutzner, y en seguida otro, Melvin Barnett, que Winston Burnett dice que lo fue y que Grutzner no da razón de que no lo haya sido, y un minuto después, un tercero del que se sospecha que lo ha sido, Ira Freeman, y ya me guardaré yo mucho de sospecharlo, que quien lo sospecha es el Comité de Seguridad Interna del Senado. Y con eso basta.»

«Como dice el diario "Journal American" en su editorial, "la dura lección es ésta: la conspiración comunista existió, existe y tiene que ser expuesta".»

«Por tratar de exponer esa científica infiltración ha sido casi aniquilado el senador Mac Carthy, que quizá se va a recuperar un poco con esto que ha pasado ahora.»

ARMAS PARA ISRAEL

El diario católico "Libre Belgique" ha publicado un artículo en el que se dice:

"El mayor abastecedor de armas a Israel es Francia. Este país envió recientemente cien tanques ligeros y los técnicos israelíes han conseguido montar en ellos cañones pesados. Francia también ha accedido a enviar treinta aviones de reacción y quince de ellos ya han sido entregados. Como Francia es ahora muy amiga de Israel y como, por el contrario, tiene pocas simpatías entre los árabes, excepto Líbano, para equilibrar esto, Inglaterra está enviando armas a los árabes. Con frecuencia hemos indicado la buena postura de que disfruta Bélgica a ambos lados de la línea de demarcación que actualmente divide Tierra Santa y creemos que debe mantenerse a cualquier precio. El comercio entre Israel y Bélgica quizá no sea muy grande, pero debe conservarse también. Al mismo tiempo, debemos mantener las relaciones comerciales con los Estados árabes. La cosa más ligera puede poner en peligro esta situación. Tanto los árabes como los israelíes parecen aceptar el hecho de que un país ha enviado armas a las dos partes."

"Pero actualmente Israel está comprando muchísimas armas en Bélgica que serán entregadas vía Francia, con etiqueta de productos metálicos. Así se enviarán en breve catorce mil fusiles "FN", la nueva arma de la N. A. T. O. Estos envíos, aunque se tenga en cuenta el beneficio que representa para nuestras industrias, es casi seguro que cierre para nosotros los mercados árabes."

de prensa otorgada por el Nerhu durante su estancia en dicha ciudad.

«Según Nerhu, hoy existen más posibilidades que nunca de una aproximación entre Oriente y Occidente...

»En cuanto a la cuestión de Goa, que fue objeto de varias interpellaciones a Nerhu — continuamos leyendo — reveló que durante la audiencia con el Papa el problema había sido examinado brevemente, y ante el estupor de todos los asistentes añadió que Pío XII se había mostrado de acuerdo con él en que se trata de una cuestión puramente política y no religiosa... No habrá tregua en este sentido, dijo con energía. El aspecto religioso del problema no cuenta, puesto que en la India, que es un Estado laico, existe libertad para todas las religiones.»

Por otra parte, «consideró como cuestiones de detalle los problemas de Alemania y de la liberación de los países sometidos al dominio de Moscú». Además, «se enfadó terriblemente» cuando un periodista italiano recordó que la India «no mantiene relaciones diplomáticas con España».

El Nerhu no ha demostrado en esa entrevista poseer un excesivo tacto diplomático, y su pacifismo a ultranza, que redundaba siempre en favor del régimen comunista, tiene por lo menos dos excepciones notables: Goa y Cachemira. Sobre ambos problemas no hay coexistencia pacífica que valga.

EL PAPA ENVÍA UN TELEGRAMA AL GENERAL PERÓN

Telegrama de Perón a Su Santidad el Papa Pío XII:

«Con motivo de las festividades de la

Santa Sede envío a Su Santidad mis saludos más respetuosos. Juan Perón.»

S. S. el Papa Pío XII se ha dignado enviar el siguiente despacho:

«A S. E. el general Juan Domingo Perón, Presidente de la nación argentina. Buenos Aires. — Al recibir el mensaje de V. E. en esta festividad, suplicamos al Señor que le ilumine y mueva su corazón para que el amado pueblo argentino pueda vivir libremente sus católicas tradiciones. — Papa Pío XII.»

Del 11 al 20 de julio

EL PROBLEMA ALEMÁN Y LA CONFERENCIA DE GINEBRA

A siete días de las vacaciones de verano y de la Conferencia de Ginebra — dice Cristóbal Tamayo desde Bonn — el Gobierno alemán se dispone a observar a los interlocutores de ésta y a pasar aquéllas lo más cerca posible de los «cuatro grandes» reunidos junto al lago Lemán. El Canciller, rodeado de un estado mayor, veraneará en Suiza, él que ya tenía hábito de holgar en la Selva Negra. Y es que la inquietud que produce este encuentro Bulganin-Eden-Eisenhower-Faure no les va a permitir a los primeros políticos alemanes gozar ampliamente del asueto estival.

«Por de pronto, Adenauer ha vuelto a recomendar a todos los jefes de las fracciones parlamentarias que le dejen las señas de sus respectivos lugares de veraneo por lo que pueda ocurrir. Quizá haya que celebrar alguna consulta rápida sobre problemas tan graves como la fijación de la frontera oriental alemana, acaso haya que

deliberar en común sobre la oportunidad de desistir definitivamente de la visita del Canciller a Moscú. Todo parece posible a los alemanes ante el horizonte de interrogantes que presenta Ginebra.»

Desde París, Francisco Lucientes afirma que a la reunión ginebrina se la designa ya de antemano con el nombre de «Conferencia del miedo» y explica:

«Suiza ha montado el aparato de vigilancia que protegerá a los «cuatro grandes» según la minuciosidad y la exactitud con que fabrica sus relojes: un modelo de precisión...

»Igualmente, periodistas, fotógrafos y cineastas han entrado en la cuarentena del recelo; en cada acto deberán someterse previamente a la humillación del cacheo individual, y fotógrafos y cineastas, luego del cacheo, presentarán sus aparatos vacíos para cargarlos delante de la policía. Pobres periodistas 1955. Mi ilustre compañero Mariano Daranas, en sus años juveniles de reportaje y en esa misma Ginebra, creo que allá por 1928, durante una reunión de la antigua Sociedad de Naciones, estableció un record periodístico de audacia, forzando el mutismo y la adustez del famoso estadista Stresseman, al deslizarse por sorpresa, primero en el ascensor y luego en la alcoba del político alemán... Eran otros tiempos; estoy seguro de que nadie en Ginebra intentará o mejor hará ese record de Daranas.»

J. Miquel Arena, desde Londres, escribe por su parte:

«Ayer partía Sir Anthony Eden para Ginebra. Llevaba la adhesión a su política de convivencia con «el otro mundo» de los jefes de las minorías laborista y liberal del Parlamento. A Sir Anthony le ha parecido conveniente mostrarse optimista condicional en su despedida de Londres. «Esta vez — dijo — se le abren al mundo inmensas posibilidades. La Conferencia transcurrirá bajo el signo del poder de destrucción acumulado en varias naciones ante la amenaza de una guerra. No puede haber, pues, otra salida que la paz. Pero no esperemos acuerdos vertiginosos, especialmente en relación con la unidad alemana. La unidad de Alemania, sin embargo, es fundamental para la paz y la unidad de Europa. El fin de esta Conferencia es explorar lo que podemos hacer en común, y no cuantos problemas han de ser resueltos inmediatamente. No esperemos demasiado, y no nos desesperemos en seguida.»

Coincidiendo con este punto de vista del jefe del Gobierno británico, la agencia TASS ha difundido el siguiente comunicado: «Algunos dirigentes norteamericanos e ingleses han hablado como si la Unión Soviética hubiera perdido algún interés por la reunificación de Alemania. Todos saben que la Unión Soviética ha dado invariablemente prioridad a la cuestión de la reunificación alemana.»

Todo eso es lo que se creía en los medios internacionales hasta el día 18 de julio. Ahora, ya sabemos que, pese a la afirmación del señor Eden, de que la unidad de Alemania es fundamental para la paz europea, no habrá decisión definitiva sobre el particular en Ginebra. Adenauer puede preparar sin precipitaciones su viaje a Moscú. Tal vez allí se desvelen las condiciones que impone la URSS para solucionar la actual división del pueblo germano.

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL
«Shehar Yashub»

CON CENSURA ECLESIASTICA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINGENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - BARCELONA - Teléfono 22 24 46

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

PLAZOS: Trimestral, semestral o anual

Para los señores Sacerdotes, cuota reducida

Número ordinario 7'50 ptas.
Encuadernar revistas. 25'00 »

Encuadernar revistas y separatas 36'00 ptas
Tomos encuadernados, revistas y separatas 186'00 »

Compramos

a 15 Ptas. el ejemplar de **Cristiandad** número 39

y

a 8 Ptas. el índice del año 1945

Administración de **CRISTIANDAD**:

Diputación, núm. 302, 2.º, 1.ª
Teléfono 22 24 46 - Barcelona

NOTA DE LA ADMINISTRACION:

Nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que en años anteriores, nos encargamos de la encuadernación de los números de **CRISTIANDAD**.

A este objeto pueden remitir a esta Administración los ejemplares de la revista y los cuadernillos de las separatas de «Documentos Pontificios» correspondientes o bien llamar al teléfono 22 24 46 y le serán recogidos en su domicilio.

El precio conjunto de ambas encuadernaciones es de 36 pesetas.

Administración de Cristiandad:

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléfono 22 24 46

Concurso de obras de teología aplicada a la Acción Católica

Lo organiza la Junta Diocesana de Acción Católica Española, de Bilbao, para premiar y editar la mejor obra que se presente, de acuerdo con las bases que se han publicado.

El fin especial es dotar a los Rvdos. Consiliarios de A. C. de un arsenal de doctrina teológica, sobre la gracia sobrenatural, que les sirva para nutrir y estimular espiritualmente a los afiliados a dicha organización, en su actividad apostólica.

La obra que se presente ha de ser de solidez doctrinal teológica; ha de estar constantemente referida al espíritu y actividades apostólicas de la A. C.; estará concebida y desarrollada como libro de lectura, quedando prescrita la forma expositiva y excluida la dialogada, la escolástica tradicional de libros de aula y la de conferencias o meditaciones de esquema cerrado (para más detalles consultar las Bases).

La admisión de trabajos terminará el día 30 de septiembre de 1956 y deben ser dirigidos al domicilio de la Junta Diocesana de Acción Católica Española. Calle Colón de Larreátegui, BILBAO.

Productos Codorniu y Garriga, S. A.

Especialidades Farmacéuticas



Badajoz, 112
BARCELONA

Un anuncio en CRISTIANDAD

es un anuncio eficaz

Lubrificantes

Brugarolas, Sociedad Anónima



Vía Layetana, 92

Telfs. { 21 31 60
22 54 58

BARCELONA

Complete su colección



con los tomos que le faltan

P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas